

## Descaro del nacionalismo académico (O las muchas malicias de Ulises Moulines)

AURELIO ARTETA

Universidad del País Vasco

**RESUMEN.** Se critica el nuevo artículo de Ulises Moulines, «Crispaciones hispánicas», publicado en este mismo número como réplica al mío, «Un nacionalista en apuros», éste en respuesta a su inicial «Manifiesto nacionalista». En la primera parte, ilustro con detalle los múltiples modos como mi adversario incumple los requisitos morales mínimos que deben regir un debate teórico. Se enumera así su recurso al victimismo, sus argucias para tergiversar mis tesis explícitas y, en fin, su evasión sistemática de casi todas mis objeciones. La segunda parte pretende probar la inconsistencia del silogismo que condensa las proposiciones centrales de Moulines. La premisa ontológica, más que la existencia de las naciones, demuestra la de los nacionalismos empeñados en construirlas y dotarlas de soberanía; la premisa axiológica, o «principio del valor intrínseco de la pluralidad del ser», resulta estética y éticamente indefendible; su conclusión práctica, en pro del nacionalismo, será por fuerza inconsecuente además de temeraria. En la tercera parte, frente a las propuestas moulineanas sobre la España actual, sugiero un par de reflexiones: de un lado, acerca del significado del carácter «multinacional» de nuestro país y por qué es preferible denominarlo «España» y no «Estado español»; del otro, y tras rechazar la alternativa «o resignación o secesión», muestro la falta en Moulines de razones que legitimen las consultas de autodeterminación, amén del sinsentido y probables efectos desastrosos de su ejercicio en la España de nuestros días.

**ABSTRACT.** Here is a criticism to the Ulises Moulines' new article «Crispaciones hispánicas», published in this issue as a reply to mine «Un nacionalista en apuros», that was arguing in turn to his former paper «Manifiesto nacionalista». In the first part, I detail the many ways in which my opponent breaks the moral conditions that should rule a theoretical debate. So, it is reviewed his resort to victimism, his different sophistries in order to misrepresent my explicit theses and, in general, his systematic escape from almost all my objections. The second part of this paper pretends to prove the weakness of the syllogism which condenses the main assumptions of Moulines. The ontological premise, rather than the existence of the nations, points out the existence of the nationalism committed to build nations and provide them with sovereignty; the axiological premise, or the so-called principle of the «Intrinsic Value of the Being's Plurality», turns out aesthetics and ethically indefensible; in the end his practical conclusion, on behalf of the nationalism, would be inconsistent apart from rash. In the third part, I suggest a couple of thoughts against the Moulines' proposals about the present Spain; on the one hand, the meaning of the «multinational» nature of our country and why it is better to name it «Spain» than «Spanish state»; on the other hand, after rejecting the choice «or resignation or secession», I show the lack of legitimating reasons for self-determination plebiscites as well as the nonsense and probable disastrous effects of its practice today in Spain.

En controversias como ésta, duraderas en el tiempo y un tanto encendidas de tono, no es fácil mantener a la vez la atención del lector y las buenas maneras con el adversario. Para no sacar partido indebido de la escasa memoria del lector o de su comprensible pereza, el dilema estriba en refrescarle las tesis en juego sin que le cueste un esfuerzo fatigoso y aburrido. Más difícil resulta guardar la debida compostura hacia ese adversario que —así me lo parece— da abundantes muestras de haberla perdido conmigo y, de paso, con quien siguiera nuestro debate. Espero guardarla, sin embargo, siquiera sea para conservar la poca o mucha razón que puedan contener mis ideas a los ojos de un lector nada deseoso de asistir a un mero ajuste de cuentas entre dos gallitos. ¿Por qué disgustarme entonces al saber por su propio resumen que, para cuando el abajo firmante le replicó con un simple «artículo» (*article*), Ulises Moulines había redactado nada menos que un «ensayo» (*essay*)?; ¿o al constatar, ay, que mientras yo reconocía en mi contrincante «una figura justamente prestigiosa del pensamiento lógico-científico» (220), el colega no me dedicaba un mal cumplido? Pelillos a la mar, y vengamos a lo que importa<sup>1</sup>.

## I. LA MORAL DE UN DEBATE

Pero hay pelillos que son sogas y que no conviene tirar por la borda, sino exponer a la vista de todos, porque afectan al fondo y a la forma de lo que se discute. Dicho cuanto antes: se convendrá que existe una *moral propia de todo debate*, y más si éste es público, y más todavía si trata de asuntos públicos y aún más si enfrenta a profesores de filosofía. Entre esas condiciones de su moralidad se contarían la veracidad de los interlocutores, la estricta fidelidad en la reproducción de las tesis y argumentos que se cuestionan, el afán de completitud en la réplica de las posiciones contra-

rias, el reconocimiento de las deficiencias o errores propios, la prohibición de atribuir perversas intenciones al contrincante, el cuidado de no predisponer al observador en su contra, y otras de ese tenor. Son requisitos formales del propio diálogo, desde luego; pero también exigencias nacidas del respeto, ya sea de los interlocutores entre sí y de ellos hacia los lectores, ya sea hacia la verdad al alcance y, cuando esta verdad fuera práctica (y tal es el caso), hacia cuantos sujetos quedarían afectados por la plasmación efectiva de uno u otro enunciado. Pues bien, mucho me temo que la contrarréplica de Moulines incumple todas y cada una de estas exigencias y no propicia lo que se dice una comunidad ideal de diálogo.

### *Los falsos lamentos de una falsa víctima*

1. Seguramente por aquello de que la mejor defensa es un buen ataque, la treta inicial de mi interlocutor estriba en reprocharme la «extrema virulencia» de mi texto. Primera prueba de esa virulencia extrema: al parecer, abundan en ese texto las alusiones ofensivas al autor del MN, tales como las que siguen. A) Llamarle «nuestro hombre» en plan despectivo..., y uno confiesa no sólo carecer de tal propósito, sino haber aprendido en este instante que tal expresión fuera injuriosa (a menos que Graham Greene quisiera agraviar al protagonista de *Nuestro hombre en La Habana*). Me he servido de ella como otro recurso para dar con sinónimos a la hora de referirme a Ulises Moulines, exactamente igual que de la locución «nuestro autor» que viene más adelante (231). B) Ítem más, haberle dedicado otras expresiones igual de displicentes, por más que el presunto ofendido sólo puede señalar ésa en que le achaco comportarse en esta materia político-moral «con un desenfado que le envidiaría el más curtido de los especialistas». Lo que oculta mi adversa-

rio es que ese juicio viene en respuesta expresa a veredictos suyos tan inocentes como proclamar el «notable déficit conceptual y metodológico» en el tratamiento disciplinar del nacionalismo (MN, 26), o la «gran indigencia teórica» (MN, 31) o el penoso «nivel de indigencia conceptual» en su discusión ordinaria (MN, 47)<sup>2</sup>. Juzguen ustedes de qué parte está el desprecio.

Es verdad, en cambio, que califico sus tesis de «disparatadas», pero eso es justamente lo que trato de probar en mi réplica. Como es cierto que digo que son «*indignas*» (26) de un ciudadano dotado de alguna conciencia crítica», y estoy dispuesto a aceptar que tal vez debiera haber mostrado mayor comedimiento. Pero me harán el favor de reparar en las malas artes de mi adversario. Yo lo había escrito así, en cursiva y con indicación de página, porque tomaba ese adjetivo (y no será la única ocasión) del propio texto de Moulines que en su mismísimo arranque aludía a la tercera de sus tesis como si fuera «indigna de un filósofo *de la ciencia*». Ahora este filósofo suprime limpiamente (?) la cursiva, el paréntesis con el número de la página que se cita y, *hale hop*, lo que era un evidente remedo aparece ante el lector como poco menos que un insulto. Eso es un amigo.

Otra mañana más, y mi oponente me acusa de atribuir a su argumentación «supuestos inmorales» (224). Claro que si acuden a mis propias palabras, observarán que tales supuestos no se los endoso a su argumentación singular, sino al nacionalismo en general. Lo que ahí digo y aquí repito es que, si para Moulines el nacionalismo enuncia una «perogrullada moral» (MN, 47), para mí (el nacionalismo, se entiende) es «una simpleza teórica, pero a menudo de supuestos inmorales y con efectos inciviles». Se me dirá que esa hipotética inmoralidad básica del nacionalismo habrá de reflejarse en la inmoralidad misma de la argumentación que trata de fundarlo, y por tanto también en la de un nacionalista militante como Moulines. Tal

vez, pero no por ser precisamente *la suya*, que es lo que aquí quiere darse a entender, o la de todo nacionalista por el hecho de serlo, como él se encarga todavía de reasegurar: pues ha de saberse que un servidor ha escrito ¡«un artículo en que [...] se califica al adversario político de demente y/o inmoral»! Al margen de sus presupuestos en esta materia, los procedimientos retóricos de Moulines no son precisamente un dechado de virtudes cristianas. Lo estamos viendo y aún queda mucho por ver. Por ejemplo, cuando se queja de que yo le recriminé deshonestidad intelectual en el uso del pensamiento de Stuart Mill. Porque si en mi escrito aún mostraba la cautela de que se tratara de un «olvido impremeditado» (235), hoy, tras su descargo, doy en pensar que aquella deshonestidad intelectual intenta ahora taparse con otra<sup>3</sup>.

2. Más llamativo aún, si cabe, es que mi crítico culpe de esa indemostrada virulencia de mi estilo a «cierta idiosincrasia personal o *nacional* (cursiva suya)». Uno hubiera esperado que en el calor del combate —y de hallar algún indicio— arremetiera contra mi singular grosería, una vehemencia que se excede o una falta de educación que debía avergonzarme. Pues no; lo tremendo es que atribuya inmediatamente ese estilo a mi ser nacional, sin ir más lejos, a *mi condición de español*: al fin y al cabo, «ese texto (el mío, A. A.) nos confirma una vez más que en España sigue siendo difícil superar esa táctica discursiva» de fundar los argumentos en la descalificación moral e intelectual del contrincante. Y, de ser eso cierto, uno se pregunta quién de los dos encajaría más fielmente en semejante estereotipo de la españolidad. Pero la obsesión por ese «mal endémico de España» y otros pecados nacionales reaparece en varios lugares más: ya sea al denunciar las «profundidades abismales» en que ha caído la discusión sobre el nacionalismo en España; o ya sea cuando amablemente me sitúa en la línea de «ciertas tradiciones carpetovetóni-

cas de algunos políticos españoles». ¿Y acaso no pone su réplica toda bajo el expresivo título de «Crispaciones hispánicas»? He aquí a un firme creyente en los caracteres nacionales, que en este caso le sirven para explicarse mi supuesto vicio personal gracias a algún vicio endémico transmitido por mis ancestros. No se pueden ofrecer más claros síntomas de *etnomanía*<sup>4</sup>.

3. Pero al fondo de reflexiones al parecer tan desmesuradas como las mías late aún algo peor, que Moulines saca a la luz con exquisita finura: «Es indudable que el texto de Arteta está inspirado, de cabo a rabo, por el odio y la crispación.» Tanta ecuanimidad da gusto, y más viniendo de un metodólogo que, en lugar de enjuiciar mis argumentos por lo que valen, quiere aquí desmontarlos profesando de psicólogo. Asistamos, pues, al fantástico espectáculo de cómo el nacionalista se transforma en víctima fingida del odio y crispación de la víctima real.

Son afectos bien distintos el odio y la crispación, pero mi fiero fiscal da por seguro que ambos los enfilo hacia él al sorprenderse de que vengan «de parte de un autor [...] con quien no he tenido ningún contacto académico». No hay tal odio, claro; sí hay una profunda irritación, y nada hago por ocultarla. Lo llamativo es que mi contrincante no acierte a entender que pueda ser *impersonal*, quiero decir, suscitada por una doctrina, un movimiento, unos partidos, unas medidas que —según la experiencia de muchos y mi propio juicio político-moral— arraigan en la injusticia y provocan la infelicidad de las gentes. Si me pueden crispar ciertas ideas, es porque encienden pasiones peligrosas: verbigracia, esas pasiones nacionalistas que Moulines confiesa albergar.

Para mi adversario, a quien gusta puntualizar las cosas en su provecho, el origen de esta crispación es que este servidor de ustedes «se siente acosado por ETA y sus

simpatizantes». Con premeditación o sin ella, vuelve a citarme mal: yo decía que unos cuantos profesores de la UPV «hemos sido señalados por los terroristas de ETA» (236); de manera que no son figuraciones mías, no *me siento* acosado, sino que *sé*, que *conozco con precisión*, que *tengo pruebas fehacientes* de estar acosado por ETA (de sus simpatizantes para qué vamos a hablar). Pero añadido en seguida que ello no aporta el menor sostén a la hipótesis sobre mi exasperación ni rebaja, por tanto, el valor que puedan contener mis tesis. Pues lo que no se atreven a pensar Moulines y otros varios colegas es que las cosas ocurren al revés de como les conviene imaginar: *no que yo diga lo que digo por estar amenazado, sino que estoy amenazado justamente por decir y razonar en público lo que digo y razono*. Es un supuesto que nunca, ni siquiera por razones metodológicas, se les viene a las mientes.

Comprendo, pues, que Moulines se quede «completamente pasmado» cuando yo mostraba al final mi sospecha de que hubiera incurrido en «*complicidad*». Bien es verdad que uno matizaba «objetiva *complicidad*» (236), porque daba por seguro que en modo alguno lo experimentaría subjetivamente así; pero me admitirá que, igual que yo podía estar de hecho amenazado al margen de sentirlo o no, también él puede ser cómplice real de algo sin que tal condición llegue a su conciencia. Esto lo sabemos hace tiempo quienes nos ocupamos de estas cosas en las páginas de opinión de «periodicuchos». Tampoco cometía yo la tosquedad de escribir que «Moulines es cómplice de ETA», como él deduce para pasmarse mejor. Si así hubiera sido, con todo, no veo qué habría de «desorbitado» en atribuir complicidad objetiva con el independentismo vasco más radical a quien dedica tantas páginas a probar el derecho que asiste a toda nación a erigirse en Estado y, en caso de serle negado tal derecho, a justificar la *violencia* consiguiente.

Pero, a poca buena voluntad que hubiera puesto en la lectura, Moulines podía haber interpretado con mayor acierto que mi sospecha apuntaba por lo pronto a su complicidad con el nacionalismo vasco moderado. Eso tampoco sería demasiado halagüeño para nuestro profesor, todo hay que decirlo, si recuerda el dicho de Xavier Arzalluz de que «unos se dedican a menear el árbol, mientras otros (ellos: el PNV) recogen las nueces». Se trata sólo de una mínima muestra de la muy arraigada corrupción instalada en mi país por el nacionalismo gobernante y, por si falta hiciera, la historia más reciente no ha hecho sino confirmarla: desde el pacto de Estella hasta el plan de Ibarretxe, del recurso a la Ley de Partidos al rechazo de la ilegalización de AuB y al actual amparo parlamentario de Batasuna. Cada uno ha de preguntarse entonces cuál es su lugar en esta larga *cadena de complicidades*, si el de cómplice del terrorista o el de cómplice de su cómplice, por acción o por omisión; pero ni Moulines ni nadie que tome parte (o partido) en el problema debe considerarse ajeno a ella.

Tal vez entonces se entiendan mejor las razones de que al final de mi respuesta me pareciera no ya oportuno, sino del todo justificado, el recurso al argumento *ad hominem*. La primera era, como advertí, la de no engañar a mi adversario ni al lector; quiero decir, no dejarles en la cómoda creencia de que cabía tratar con asepsia académica de un asunto que en la misma academia se vive bajo amenazas de muerte, atentados frustrados y vergonzante aislamiento por parte de muchos compañeros de Claustro. Eso forma parte del problema que se debatía. La otra razón quedaba más implícita: era preciso relatar nuestra situación a quien, sin la menor prudencia o con sobrada arrogancia, y tras denunciar la «indigencia conceptual» de los que habíamos reflexionado en voz alta sobre esa forma de nacionalismo, se permitía llamar al «compromiso teórico y práctico de polí-

ticos e intelectuales» a fin de evitar «errores de apreciación, repulsivos cuando no trágicos» (MN, 48). Ustedes dirán si podía o debía callarme... Pero lo peor es que, en su nueva réplica, y arrogancia sobre arrogancia, no se hallará disposición alguna por parte del profesor Moulines a matizar tales palabras o a reconocer siquiera en algunos pocos colegas ese compromiso —y los costes aparejados— al que convocaba.

Por eso mismo, y aunque vuelva a extrañarse, cuando entre paréntesis afirma «lamentar sinceramente» la tensión que vivo en el País Vasco, debo advertir que ese lamento resulta *objetivamente* falso. Me parece no más que una intentona de zafarse de la *inevitable* connivencia que, lo quiera o no, la publicación de su *Manifiesto* —dado su entusiasta patrocinio de las tesis que impulsan, amparan o justifican la trayectoria de los nacionalistas— tiene con la situación de muchos miles de personas en ese País Vasco (42.000 perseguidos, según cálculos de Gesto por la Paz). O simplemente con la confusión de ideas políticas y la perversión de sentimientos morales de muchas de sus gentes, o con el derroche de medios y energías destinados a la artificiosa y totalitaria construcción nacional en lugar de a una más justa construcción social y civil o, en fin, con la irreparable ruptura de esa sociedad política en dos comunidades enfrentadas. Éstas son hace ya tiempo las cuestiones en juego, y no, según insisten todavía Moulines y tantas almas benditas, la de «estar a favor o en contra de ETA»; como si pronunciarse en contra del criminal fuera lo más que a estas alturas se puede pedir de la ciudadanía (;y de la ciudadanía ilustrada!), sobre todo cuando hasta los *progres* le han retirado ya sus laureles de héroe... ¿Que se tacha de intolerancia lo que quiere ser un mínimo afán de verdad? Por tranquilizador que sea para su conciencia, no se puede estar a la vez con uno y con los enemigos de uno.

Pero es que tampoco puedo creer que su lamento acerca de mi estado sea *subje-*

*tivamente* verdadero. Para que lo fuera, supongo que sería preciso que en mi interlocutor concurriesen algunas condiciones como éstas: a) Que mostrase entender que la amenaza que sufro por parte de ETA (igual que otros varios intelectuales en el País Vasco) responde a mi crítica pública acerca del nacionalismo vasco, de sus fundamentos teóricos igual que de sus pretensiones prácticas, y que tiene por objeto acallarme. b) Entonces tendría que percibir también expresamente alguna conexión necesaria, no sólo circunstancial, entre la ideología del nacionalismo vasco y la mortífera trayectoria de ETA; es decir, por encima de la diferencia de sus métodos respectivos, constatar su notable coincidencia en cuanto a sus presupuestos primeros y sus objetivos últimos. Y, junto al repudio de la violencia terrorista, sería bueno que repudiase no menos las razones que han legitimado y legitiman ese recurso brutal. c) Así las cosas, debería haberse esmerado en distinguir su concepción acerca del nacionalismo en general de la particular que impulsa al nacionalismo vasco. Sabedor de las terribles consecuencias de estos movimientos étnicos, no parece excesivo solicitarle afinar bastante más sus argumentos pronacionalistas a fin de ofrecer el menor flanco posible a la réplica teórico-normativa. d) Animado de buena voluntad hacia mi situación personal, la honestidad le habría conducido, ya que no a remediar lo que no estaba en su mano, al menos a hacerse cargo una por una de cuantas objeciones yo le sugerí; llegado el caso, le habría conducido asimismo a admitir sus posibles errores y —aun a riesgo de perder algún renombre y ciertas amistades— a corregir varios de sus pronunciamientos. Si he leído bien su réplica, Ulises Moulines defrauda esas condiciones. De modo que su sincero lamento, qué le vamos a hacer, ni *va de soi* ni me suena a sincero.

Por si hubiera alguna duda, la «culpa principal» de las tensiones nacionales en

España, nos dirá en el epílogo a su escrito, la tenemos «los hegemónistas de la nación mayoritaria»; o sea, los españoles o, mejor, esos a quienes los nacionalistas llaman *españolistas*. Moulines no puede lamentar de veras mi pena porque la merezco; y en mi pecado llevo la penitencia.

### *Argucias sin fin*

Habría todavía quien tome ciertos usos del profesor Moulines por inocentes licencias retóricas, pero parece más justo llamarlos argucias y pasar en seguida a revelarlas. Una de las más graves es atribuirme tesis que no mantengo, deformar mi texto para hacerme decir lo que ni digo ni siquiera pienso; y de todo ello sobreabundan los ejemplos. Verbigracia, presuponer como subyacente a mi crítica de su *Manifiesto* un principio-guía expresado en la doble ecuación «Nacionalismo = Nacionalismo vasco=ETA». ¿Había que simplificar tanto para tacharme de simplista?; aún acierto a distinguir entre un género y una especie, así como entre esta especie y su individual forma terrorista. Tampoco está ni medio bien que este especialista me atribuya por las buenas el «principio metodológico general» de que cada ciudadano sólo debe tratar filosóficamente del nacionalismo si lo refiere al de su propio país. No es una salida demasiado airosa para responder a mi reproche de que, tras aludir a decenas de nacionalismos de nuestros días, este profesor español eludiera justamente la menor mención de los presentes nacionalismos españoles en España (220) <sup>5</sup>. Ni mucho menos es aceptable que me replique haber juzgado su silencio como «cobardía», un término que no empleo, pero que así, entrecomillada, empuja al lector a deducir al instante que le he agraviado. Mi texto sugería que ese silencio podía ser «un hábil subterfugio para evitar todo co-tejo entre sus apacibles reflexiones y un nacionalismo» (y me refería al vasco) que,

mientras invoca los mismos argumentos de Moulines, nos instala en la barbarie. A esta conjetura mi colega no ha querido asomarse.

La deformación de mi pensamiento es mayúscula cuando mi adversario me acusa de servirme de expresiones..., que las empleo precisamente porque son las suyas (MN, 27 y 30) y, para que así se note, en cursiva o con indicación de la página de donde la tomo. Por cierto, que en ningún lugar de mi texto califico al nacionalismo de «demencia colectiva», tal como Moulines hace creer (porque su connotación es más grave), y sí de un *desorden psíquico* que sería bueno *curar y reprimir*. Sólo que en la nota al pie verán las enormes trampas de mi colega con estas expresiones, que son suyas (no se olvide), cuando yo las reproduzco <sup>6</sup>. Más aún: el profesor Moulines, de quien ya advertí el «gusto por la caricatura del adversario» (221), no repara en gastos a la hora de llevar esos pronunciamientos, ¡y como si fueran los míos!, hasta su máxima exageración. Uno ya dejó claro que ese enfrentamiento con los nacionalistas no había que hacerlo «a cualquier precio» o «por todos los medios disponibles», como él simpáticamente adelantaba (MN, 27 y 30), sino siempre «a través de los cauces del Estado de Derecho» (221). (Un suponer, a través de las investigaciones judiciales de Baltasar Garzón, a cuyo propósito mi colega no se ahorra algún sarcasmo.) Pero tal precaución nada importa cuando lo que importa es el ataque más burdo. Así que mi contrincante me concede con generosidad que no soy partidario de «las torturas ni los fusilamientos», pero mi programa antinacionalista le suena a «Auschwitz» y a «internamiento en asilos mentales». Por si alguien quiere saberlo, frente a ese enemigo político quien esto firma «aboga sin cortapisas por su *represión*», lo que significa ni más ni menos que a los nacionalistas «hay que despojarlos de sus derechos de ciudadanía» <sup>7</sup>. ¿Y qué debería pensar a propósito

de los recientes ciudadanos estonios, letones, lituanos, eslovacos, etc., sino que se trata de «un hatajo de dementes y criminales»? Son cargos inofensivos que le permiten a uno pasear por las calles de San Sebastián con total tranquilidad.

Entre tanto, y si hasta ahora me adjudica expresiones que no pronuncio y tesis que no comparto, Moulines va a negarme a continuación las que *expresamente* defiende. El sabrá por qué se atreve a decir que «Arteta no nos revela cuáles son los criterios psiquiátricos» en los que me baso para diagnosticar aquel grave desorden, cuando *en ese mismo párrafo* (221) desgano una nítida secuencia de tres de esos criterios <sup>8</sup>. De estas artes de poner y quitar, en las que mi colega es maestro, hay en seguida un compendio ejemplar. Para ser exactos, se trata de una auténtica *construcción o invención de mi propio texto*: oculta primero mis reflexiones principales, invierte o recompone después a su antojo el orden de mis razones, para así forzarle al fin a incurrir en artificiales incoherencias que denuncia con gran ardor. Unas incoherencias que el propio Moulines ha fabricado de principio a fin <sup>9</sup>.

Pero todavía quedan procedimientos para buscarme la ruina ante los lectores y no hay que desaprovechar ni uno. Verbigracia, y sin razón aparente que lo justifique, mi antagonista echa mano en dos ocasiones al menos del *recurso a las paráfrasis de mi pensamiento*. Nada costará probar que ambas interpretaciones constituyen otras tantas tergiversaciones. Pues es el caso que ni «me da absolutamente igual» un universo naturalmente diverso, sino que manifiesto mi incompetencia para valorarlo; ni mucho menos todavía pienso que «en cualquier caso debemos estar en contra de valorar positivamente la diversidad cultural»; ni es cierto que «en ningún modo puedo admitir [...] la diversidad de naciones», una proposición —ya lo adelanté— de la que no entiendo su sentido. Pero todas esas cosas me hace decir mi

fiel hermeneuta, es de suponer que en un ejercicio algo laxo de su libertad de expresión.

En combinación con el anterior, el otro método podría bautizarse como *el de sí, aunque supongo que no, pero por si acaso*; en español paladino, la acreditada fórmula del *calumnia, que algo queda*. Aquel famoso «principio-guía» que Moulines comienza por endosarme (nacionalismo=nacionalismo vasco=ETA) le parece en realidad tan absurdo..., que en seguida admite que yo mismo le concederé no tomarlo en cuenta; lo que significa afirmar y negar a la vez que tal principio sea en verdad mi guía. A Moulines después le cuesta creer que, a raíz de mi crítica al multiculturalismo, yo sea un «monoculturalista»; pero eso no evitará que antes se haya regodeado en ridiculizar esa postura que comienza por endilgarme. Y si cuela, cuela. Tras haber aviesamente malinterpretado una frase de mi texto y haberla acercado a la «caracterización falangista de la nación hispánica como “unidad de destino en lo universal”»<sup>10</sup>, mi crítico hace una confesión de su personal sectarismo que contiene al mismo tiempo su pretendida disculpa: «Seguramente estas asociaciones son injustas con Arteta [...]; pero son asociaciones *biográficamente* inevitables» para quien ha soportado diez años de franquismo en Cataluña. Rigor argumental se llama esa figura.

### *La gran evasión*

El conjunto de tantas argucias apenas es nada comparado con la más sistemática y principal de las que comete mi interlocutor: a saber, escaparse de *casi todas* las dudas, objeciones o razonamientos contrarios e interpelaciones que yo le dirigía en mi réplica. Ni que decir tiene que tampoco ninguna de las citas y «autoridades» que traía en mi apoyo le ha merecido el menor comentario. A él le basta con denunciar el

«carácter poco estructurado» de mi argumentación y ofrecer, como máxima prueba del «notable descuido» (o «lectura negligente») con que leí su texto..., que confundido el nombre de un autor por el de su hijo. Muy bien, puestos a mentar descuidos, ¿nos ponemos a contar los suyos?

Dígame el profesor Moulines cuáles de sus argumentos —y tanto en su primera entrega como en esta segunda— he pasado por alto, que en seguida procuraré reparar mi falta. Entre tanto, no diré yo que todas mis razones fueran a misa, pero un olvido tan sistemático de ellas me invita a suponer que o no iban tan descaminadas o el teórico nacionalista no estaba seguro de saber responderlas. Cabría también que con su silencio quisiera propinarme un desdeñoso corte de mangas. Lo que no cabe sin mentir, salvo que lo tomemos a broma, es asegurar ya desde la segunda frase del resumen de su contrarréplica que responde a mis objeciones «detalladamente» o, en la tercera página, que tratará de seguir los puntos de mi réplica «lo más fielmente posible». Decir de una en particular que es «la objeción más fuerte, y de hecho la única que [Arteta] elabora ampliamente», o es una ocurrencia o una burla. De modo que, si él juega sin remilgos con el probable olvido del lector, a mí me toca refrescarle de nuevo a este lector la memoria para descubrirle cuántas cuestiones que yo suscité han quedado orilladas en su respuesta (en este epígrafe, para evitar en lo posible repeticiones, tan *sólo* incluyo una muestra de esos vacíos y dejo el resto para el siguiente capítulo. Las enumero en prieto resumen y en el orden aproximado de su propia exposición y de la mía):

a) *Acerca del patriotismo*. Uno hacía notar que éste no parece la razón psicológica suficiente del nacionalismo, porque se puede ser patriota sin ser nacionalista; que hay que definir, pues, tal sentimiento de otra manera que como hace MN; que,



aun si fuera lo que dice, no es una emoción natural e inevitable, sino que responde a la educación y somos responsables de ella (220-221). Moulines se hace aquí el distraído.

b) *De etnias y naciones*. Me resultaba llamativo que de unas entidades tan difusas e imprecisas sepamos, sin embargo, que regulan la marcha de la Humanidad o que desean y deben contar con un Estado propio a fin de defender su identidad; recordaba asimismo que, a juicio de muchos, la nación no precede al nacionalismo, sino que —como el propio Moulines parece reconocer (MN, 43, 32, 45)— el nacionalismo crea la nación; por tanto, que una cosa será la nación y otra la nación del nacionalista, formada a partir de los rasgos de inclusión y exclusión que este último se encarga de seleccionar y atribuir a la población (221-223). *No comment*.

c) *¿Comprensión o justificación de esa violencia nacionalista?* Mi oponente hace un nuevo y clamoroso mutis al ser interrogado por el sentido de esta declaración suya: «Cuando a un individuo se le cortan las posibilidades de desarrollo de un modo que considera injusto o arbitrario, no hay por qué extrañarse si se enoja y reacciona con violencia. *Lo mismo pasa con las naciones* (cursiva mía), cuyo desarrollo es percibido por muchos de sus miembros también como condición de posibilidad de su propio desarrollo individual o el de familiares o el de amigos» (MN, 34). Vuelvo a preguntar: si esa violencia nacional es comprensible, ¿es también merecida y, por tanto, está legitimada y no debe ser resistida?; ¿cuándo sería razonable y disculpable que llegara incluso a la violencia armada? (226-227). Son cuestiones que quedan en el aire.

d) *El puro subjetivismo como fundamento legitimador*. Habíamos destacado lo escandaloso de que el recurso a esa violencia colectiva (¿y su justificación?) se sostenga tan sólo en el hecho de que el

desarrollo nacional sea «percibido» como condición del desarrollo individual. ¿Basta, pues, que algunos o muchos perciban su desarrollo coartado, y lo *perciban* como un efecto de lo que ellos mismos *perciben* como un propósito deliberado de reprimir el desarrollo de eso que *perciben* como su nación..., para que nadie tenga que extrañarse de (no sabemos si también reprobar) su violencia? ¿Y si ésa no fuera la percepción mayoritaria? ¿Y si, aun siéndolo, tal percepción fuera inducida y careciera de fundamento objetivo, etc.? (227, 229-230). Moulines no se da por enterado.

e) *Observaciones sobre los supuestos derechos de las etnias o/y naciones*. Déjese aparte la enojosa cuestión, dada su misma vaguedad de contornos, etc., de quién decidirá o delimitará y conforme a qué criterios la existencia misma de una etnia: tal vez por eso algunos las han llamado «comunidades imaginarias» y atribuyen al «narcisismo de las pequeñas diferencias» la palanca que a menudo las crea o sostiene. Queda todavía sin justificar que ciertas propiedades de su etnia sean requisito de la identidad personal y parte relevante del desarrollo moral individual. No se explica por qué la afiliación étnica resulta, a este respecto, más decisiva que otras afiliaciones (religiosas, filosóficas o profesionales). Aun en el caso de que unas u otras fueran así de cruciales para la personalidad moral, no se entiende por qué cualquiera de ellas habría de requerir para su salvaguarda la total o parcial soberanía política; o sea, si un sentimiento *natural* puede ser base suficiente para un derecho *político*. Se desdén además la posibilidad de la invención *ad hoc* de tales rasgos presuntamente constituyentes o el porqué de que otros individuos, que no comparten semejante emoción de pertenencia (a la que consideran fruto de una conciencia mítica, o engañada o resentida), hayan de someterse a las demandas políticas de los primeros. Y, por abreviar, se sobrevuela la pregunta por el fundamento tanto de los

derechos colectivos como de su prevalencia sobre los individuales (229-230). La esfinge moulineana continúa impertérrita.

f) *Incompatibilidad entre los principios del nacionalismo étnico y los de la democracia* (233). Yo decía que si Moulines entendiera la democracia no como mero procedimiento, sino como un principio político basado en la igualdad política de los sujetos, tal vez tendría dificultades para postular el carácter democrático de su nacionalismo. Habría entendido entonces también que una medida o un régimen democráticos no se miden sólo por su mera legitimación o respaldo popular, sino que han de pasar el filtro más exigente de la legitimidad o justificación moral; y estas cuestiones de legitimidad no se resuelven primordialmente mediante negociación y compromiso, según sostiene mi interlocutor, sino ante todo a través de un proceso de deliberación pública. Por eso no da muestras de recoger mi desafío: el verdadero enemigo del nacionalismo es el principio de ciudadanía (MN, 48).

g) *La probable incoherencia a propósito del Estado multinacional*. ¿Cómo va a ser el Estado multinacional la solución ideal del problema de etnias y naciones, si el nacionalismo genuino ya «reclama el derecho a la existencia de una nación en pie de igualdad con otras naciones» (MN, 47)? ¿Por qué interpretar entonces el fracaso de tal fórmula mediante razones histórico-empíricas, y no conceptuales (o sea, como un fracaso necesario)? Aunque en el seno de ese Estado no se detectara hegemonismo de una etnia sobre otra, el problema crucial permanecería sin resolver. ¿O no habíamos quedado en que aquel principio del valor intrínseco de la pluralidad, amén del de nacionalidades, recomendaba la existencia de tantas naciones cuantas fuera posible? Pues un Estado multinacional será no sólo accidentalmente inseguro e injusto; desde el punto de vista del susodicho derecho que asiste a cada una de sus naciones, será

una *contradictio in terminis*. Ese derecho no demanda una mayor o menor autonomía, sino directamente la secesión política (233-234). ¿Que entiendo mal las cosas?; pues que enseñe al que no sabe.

h) *En definitiva, un derecho a la secesión que no se justifica* (235). Sólo al final de su nueva réplica (y a propósito de la España del presente) nuestro nacionalista ofrece en este punto una respuesta indirecta, pero se trata de una respuesta de hecho que no da razón de sí. Como uno había anticipado, entre considerar el de secesión como un derecho *terapéutico*, que requiere ciertas condiciones de legitimidad, o simplemente *plebiscitario*, Moulines se inclina por la segunda opción. Para ejercerlo no requiere ningún pretexto particular como la violación grave y persistente por parte del Estado de los derechos humanos de una nación miembro. Le basta dar por supuesto que en principio siempre se comete injusticia contra una nación que no sea Estado, si toda nación «tiene el derecho, y hasta la obligación, de hacer lo posible por preservar su identidad». Un derecho pide el otro derecho; todo son derechos. Eso sí, fundar esos supuestos derechos y esta presunta identidad exigiría haber respondido a la batería de preguntas incontestadas que acabo de exponer y otras que vendrán después.

Que nadie se piense, por Dios, que quien esto escribe dispone de respuestas seguras a todas y cada de esas preguntas, pero el caso es que era yo quien preguntaba y Moulines quien se evade sin ningún disimulo... cuando simula contestar «detalladamente». Claro que era cosa cantada que quien en esta materia se mueve entre lo «trivial» y lo «evidente» (MN, 33 y 44) no debía esforzarse mucho en persuadirnos de la corrección de su causa. ¿Por qué habría de responder a mis críticas a cuento de su nacionalismo quien lo juzga una «perogrullada moral» o «ético-política» (MN, 47)? Tan clarividente pensador ¿no tendrá que contemplar mis objeciones

como fruto de alguna perversión personal o de un empecinamiento culpable?; ¿cómo no iba a quedarse «completamente pasmado», «atónito» y experimentar repetidos «escalofríos» con mi lectura? Así se comprende que tanto asombro y sobrecogimiento le hayan impedido reaccionar como un debate intelectual hubiera exigido.

## II. *QUAESTIONES DISPUTATAE*

He dicho al principio que, en esta polémica, tan importante o más que dirimir las cuestiones en disputa me parecía mostrar por despacio los múltiples modos como mi interlocutor contraviene las exigencias morales de todo diálogo teórico. Si he conseguido probar esto —como espero—, aún nos aguarda discutir de aquello. Y si el último epígrafe se dedicaba a examinar *algunas observaciones que mi interlocutor NO responde*, ahora toca responder a lo que *este interlocutor SÍ me replica y señalar aún otras cuantas más pasadas en silencio*.

Lo haré siguiendo la secuencia del discurso moulineano (que ya no corresponde, por cierto, con exactitud a sus tres tesis enunciadas en MN, 25-26) y que resumo en el siguiente razonamiento: 1) *premisa ontológica*, que afirma la existencia de etnias y naciones, completada con otra *premisa epistémico-metodológica*, según la cual tales entidades no son fenoménicas y su existencia sólo cabe «abducirse» a partir de los conflictos nacionales; 2) *premisa normativa o axiológica*, a saber, el principio del valor intrínseco de la pluralidad del ser; 3) *conclusión práctica* (o ético-política, o programática): «es bueno un programa político que fomente la preservación y el desarrollo de las múltiples naciones que alberga el planeta»<sup>11</sup>. En mi anterior réplica, y a ella en lo esencial me remito, me esforcé en probar la inconsistencia de ese silogismo punto por punto: 1) que la existencia de esas entidades o

resulta algo muy aventurado o se trata de una hipótesis cuya verificación abductiva prueba más bien la existencia de nacionalismos que la de naciones; 2) que la premisa axiológica es, bajo tal enunciado, estética y éticamente indefendible; 3) que su conclusión práctica pronacionalista (y pro-separatista, a poco que le apuremos) resulta inconsecuente, amén de políticamente temeraria.

### *Premisa ontológica (y la epistémico-metodológica)*

1. Dejo gustoso para recreo de mi interlocutor deshacer ese nudo de que las naciones sean a la vez reales y sólo teóricas o no verificables, o al menos no verificables según un criterio unívoco de identificación. Coincidimos los dos en que se trata de entidades bastante confusas, de contornos no delimitables, incluso indetectables, como él reconoce por extenso (MN, 31). Podría, pues, adscribirme sin problemas al nuevo tipo de negacionismo que ahora trae a colación en la nota 3 de su último escrito, según el cual «las naciones posiblemente existen, pero son entidades tan opacas que [...] nada sensato puede decirse acerca de ellas»<sup>12</sup>. El caso es que a mi antinacionalismo ese negacionismo le trae bastante sin cuidado; he dejado escrito, frente a los que pese a semejante opacidad se arriesgan a construir una miniteoría de etnias y naciones, que «son cuestiones que me rebasan a mí y los límites de mi réplica» (222).

Admito sin reservas no haber respetado en mi réplica las definiciones de negacionismo y de contranacionalismo por él propuestas. Pero, una vez sentado que por lo primero entiendo el rechazo de la nación *tal como la conciben los nacionalistas*, y por lo segundo una doctrina que condena los nacionalismos (y especialmente los etnicistas), ya no confundo a nadie ni Moulines debe tratar de confun-

dimos. He dicho que soy contranacionalista, no contranacional (222). No vale entonces imputarme como propias las extravagantes tesis de «que las naciones sean nefastas», que me caigan «antipáticas», que considero su existencia «una desgracia» o que son «perjudiciales» para la Humanidad. Ninguna de ellas es cosa mía y, en realidad, hasta dudo de que tales proposiciones tengan algún sentido. Lo que me parece por lo general antipático, perjudicial y una desgracia para la Humanidad son los nacionalismos..., unos nacionalismos que son los encargados de convertir la difusa e indefinible etnia en una nación (MN, 45), y en una nación con derecho pleno a la soberanía. Tampoco he aludido en ningún momento al «carácter ilusorio» de etnias y naciones, como me adjudica mi crítico por su cuenta y riesgo, sino nada más que a la ilusión en que descansa ese amor a la patria tal como lo define Moulines (221).

En suma, bastaba con citar un párrafo de esa misma página para verificar a la vez la suspensión de mi juicio sobre la realidad de las naciones y los motivos de mi sospecha acerca de los nacionalismos: «Exista o no nación en algún sentido verificable, por lo pronto, lo ilusorio suele ser la historia que el patriota se inventa, las graves afrentas de las que cree (o lo simula) haber sido objeto y los incuestionables derechos individuales y colectivos (a fin de cuentas, a la soberanía política) que se atribuye» (221). Mi crítico recoge esa cita, sí, pero *sólo su primer tercio*. A su juicio, puesto que existen las naciones, no importa ya que su historia sea ficticia, que se consideren víctimas de agravios disparatados o sujetos de derechos inconsistentes. Al mío, la historia, los agravios y los derechos fantasmales son productos de la fe nacionalista, y esa diferencia importa mucho: como que se mata por ello.

2. Lo que no entiende Moulines es por qué añadido que un «ciudadano digno de tal nombre» ha de ser también en este

sentido antinacionalista. La respuesta es bien sencilla y ha sido expuesta en varios lugares de mi primera réplica: porque no es en puridad ciudadano quien antepone una comunidad étnica ideal a su comunidad política real, quien somete los derechos de cada uno a los supuestos derechos colectivos, etc. Mi adversario aún se pregunta en tono desafiante qué pasaría si los nacionalistas no quisieran «dejarse curar». Pues depende. En caso de que su nacionalismo les aboque a acciones criminales o violentas, todo Estado de Derecho iniciaría la persecución policial y la apertura de diligencias penales. En caso de partidos o grupos que amparen, encubran, apoyen, jaleen o justifiquen aquellas acciones criminales, entonces debe recurrir —con todas las de la ley— a su ilegalización. Ítem más, cuando otros partidos todavía emprendan actos abiertamente ilegales, sea por desobediencia de sentencias judiciales firmes o por manifestaciones abiertamente secesionistas..., la *salus publica* de la comunidad reclama citarles ante el juez por uno u otro delito. Todo esto junto está ocurriendo últimamente en el País Vasco. Y, aparte de estas terapias más o menos extremas, hay un curar cotidiano en el sentido básico en que yo empleaba esa palabra: hay que *educar* cívicamente a los nacionalistas.

3. Pero aquí nos tropezamos con otro de los abundantes sigilos de mi oponente. Mi réplica sentaba que el argumento abductivo no prueba lo que pretende, pues también la constatación de creyentes y sus iglesias —es un ejemplo— demostraría la existencia de Dios, que no por ello perdería su condición de ser imaginario. Y otras consideraciones que ahora dejo de lado (223).

De donde se desprende el *naufragio de una tesis moulineana nuclear: a saber, que los conflictos nacionales sean síntoma de la existencia de naciones* (224-225). Pues podría ser que tales conflictos (al

menos algunos de ellos) fueran más bien la señal de que no hay nación o no la hay con conciencia de tal o con voluntad suficiente de convertirse en políticamente soberana; en suma, podrían ser síntoma indubitable tan sólo de la presencia de algún nacionalismo, pero parece más dudoso que lo sean de la presencia de una nación. Cabría interpretar el conflicto como prueba de que no existe la homogeneidad étnica postulada, de la distancia entre la homogénea nación ideal y la heterogénea nación o población real. A lo mejor aquellos conflictos, más que *internacionales*, son *intranacionales*: no se deben tanto a la represión estatal de la presunta nación, cuanto a la injusticia que el nacionalismo produce en el lugar y a las resistencias que encuentra entre los ciudadanos no nacionalistas. Serían, en definitiva, conflictos inherentes al proceso de *construcción nacional* en tránsito hacia una construcción estatal; en su caso extremo, conflictos derivados de alguna especie de *limpieza étnica* o al menos *ideológica*. La violencia nacionalista no brotaría tanto de la abundancia de la reivindicación nacional como de su carencia. Y al mutismo acerca de todo esto lo llamaba yo entonces «uno de los más clamorosos vacíos en la reflexión de Moulines» (221).

Claro que, en cuanto se desechen tales consideraciones, se deslizan *varias falacias más* (225-226). Pues el fracaso de los nacionalismos en alcanzar su Estado-nación lo mismo puede deberse a coacciones externas que a legítimas resistencias internas. La intervención del Estado en tales conflictos puede entonces justificarse como garantía de los derechos individuales frente al atropello de quienes quieren imponer los derechos colectivos de su presunta nación. En otras palabras, el supuesto fracaso de los Estados multinacionales no siempre es culpa del Estado hegemónico. Y si volviera contra mi contertulio lo que él en un momento me dirige, aquella tesis de Popper de que basta un solo contra-

ejemplo para refutar una teoría general, me barrunto que hay suficientes contraejemplos como para rechazar esa premisa epistémico-metodológica.

### *La premisa axiológica*

1. Ya quedó más atrás descrito y desmontado el engaño que urde Moulines en torno a mi réplica a su principio del «Valor Intrínseco de la Pluralidad del Ser» y a sus aplicaciones. Tan llamativa, sólo que más invisible, es la reserva en que se resguarda.

Excepción hecha de su largo excursus sobre el multiculturalismo, este nacionalista académico olvida por igual todos los argumentos que opuse a semejante principio en su versión ética y estética (pues de la ontológica ya declaré mi ignorancia). En resumen, yo decía que no sabemos por qué algo ha de valer y ser bueno *tan sólo por ser diferente*, ni tampoco por qué un conjunto es mejor o éticamente más rico o más bello *tan sólo por ser más plural*. Si así fuera, habría mayor excelencia en la disparidad que en la coincidencia, tendríamos por ideal el fomento de la diversidad y desigualdad, debería preferirse el conflicto al acuerdo y la variedad de partes más que su armonía o equilibrio. Lo mismo que no habría deber individual más alto que el cambio continuo de gustos y actitudes vitales, tampoco las colectivas deberían preservarse, sino que estarían obligadas a su continua disolución. Si la multiplicidad de grupos, proyectos, creencias, costumbres, conductas o instituciones es valiosa por sí misma y sin más, entonces reducir las diferencias entre ellas, corregirlas o prohibirlas si fuera el caso, etc., sería un contravalor y factor de empobrecimiento. La misma cuestión de la legitimidad de unas determinadas costumbres o instituciones —por no hablar de su prevalencia o jerarquía— carece de sentido: no hay criterio moral que deba

dirimirlo o, lo que es igual, no hay más criterio que el de la mera pluralidad (incluida también la pluralidad de criterios, siempre más rica que el de su unicidad, ¿o no?... ) (227-228). Silencio.

Sobre ese principio Moulines dicta la regla general según la cual «hay que dejar a cada existente que siga su vía»; enunciada negativamente, la destrucción de un ente cualquiera sólo se justifica «para evitar un daño *considerable* o para promover un bien *de tipo muy superior*» (MN, 44, cursivas mías). Estupendo, ¿y quién y con arreglo a qué dictamina ese gran daño o ese bien superior?; y sin llegar a tanto, ¿no habría derecho a sacrificar en ocasiones realidades (o conductas o instituciones) simplemente menos valiosas a otras más valiosas?; ¿y si ciertos rasgos étnicos (desde religiosos a costumbres sanitarias) que a unos parecen aberrantes o despreciables se les antojara a otros excelentes y hasta imperativos para su propio desarrollo? Más silencio.

Y por venir sólo a algunas pocas de sus hipotéticas plasmaciones políticas, ¿acaso no sería más congruente con ese principio un régimen político de máxima diversidad etnocultural que el de una menor o el formado por una sola etnia?; ¿no sería el estado ideal de la Humanidad organizarse como una ilimitada pluralidad de Estados étnicamente (e ideológicamente, etc.) plurales?; o, en sentido opuesto, ¿quiere acaso decirse que todas las etnias deben contar con su Estado y que todos los ciudadanos deberíamos ser nacionalistas (al menos nacionalistas moulineanos)? ¿No se observa que la aplicación de este principio traería consigo su completa abolición? ¿Y no será por eso por lo que tal nacionalismo étnico es un agente reductor de la pluralidad, en la medida en que ha de afanarse a un tiempo en exhibir su propia diversidad fuera de las fronteras de la nación y en reprimirla dentro de ellas?; ¿no equivaldría esta homogeneidad forzosa a la hegemonía de una etnia (la «nacio-

nal») sobre otras?; y así las cosas y con vistas a prevenir sus conflictos potenciales, ¿no debería ponerse algún límite a esa proliferación de Estados etnonacionales? (230-231). De todo esto, chitón.

2. Todo esto constituye su no-réplica; en su réplica, más que argumentos, incluye refrendos de autoridad. Abrumado por el temor de que yo prefiera que los hombres porten idéntica indumentaria o disfruten de la misma gastronomía (?), Moulines trae a colación la Declaración Universal de la UNESCO sobre la Diversidad Cultural, cuyo artículo 4 dice: «La defensa de la diversidad cultural es un imperativo ético, *inseparable del respeto a la dignidad humana*» (cursiva mía). Y yo lo acepto, faltaría más, porque ese respeto de la dignidad humana es el que marca el límite de la defensa o respeto de la diversidad cultural. La ablación del clítoris en unas culturas, los casamientos infantiles y forzosos en otras, el derecho patriarcal en las de más allá, las mutilaciones corporales o la lapidación como castigos, la brujería en lugar de la medicina, y tantas y tantas (entre las que, naturalmente, habría que incluir también otras occidentales y «civilizadas»)...., ¿son defendibles como muestras de la diversidad cultural o del respeto de la dignidad humana? Contra lo que afirma Moulines, estoy seguro de que esa Convención no podrá *obligar* a «promover la diversidad cultural *en todas sus formas y en todos sus niveles*» (cursivas mías) y tendrá más bien que prohibir, para ser respetuoso con la dignidad humana, algunas de esas formas y niveles de la diversidad cultural. Lo sorprendente es que el propio Moulines ya no recuerda que poco antes él mismo había sostenido con acierto que, siendo en principio bueno que se desarrollen formas culturales diversas, eso no significa «que no pueda haber algunas de ellas dañinas para el conjunto del universo cultural». Pues claro. Aunque lo dejara al albur de cada cultura, y por tanto con el evidente riesgo de ser así neutralizado, ¿es

que no reclamaba para su propio principio del valor intrínseco de la pluralidad la cautela de evitar un daño considerable o promover un bien de tipo muy superior? Pues eso.

En pocas palabras: una cosa es la diversidad cultural en general, valiosa en tanto que expresa la potencia y riqueza de nuestra humanidad, y otra distinta cada una de las diversas instituciones, creencias o pautas culturales en singular, que han de probar en cada caso su valor según el modo como fomenten aquella dignidad humana, o sea, la libertad y conciencia de los criados o partícipes en esa cultura<sup>13</sup>. En el terreno político es bueno en general que haya pluralidad de proyectos, y eso es lo que preconiza el pluralismo; pero no siempre es bueno cada uno de los proyectos plurales, sino a veces injusto o totalitario o criminal, y es tarea de ese mismo pluralismo prevenirlo o impedirlo. ¿O debería la tolerancia acoger lo intolerable y al intolerante? De momento prefiero acogerme a lo que Rorty propone como definición de progreso moral: «Un aumento de nuestra capacidad de considerar un número cada vez mayor de diferencias entre las personas como irrelevantes desde el punto de vista moral»<sup>14</sup>.

Ese límite en la aplicación del principio moulineano al mundo ético-político y cultural debe regir no menos, mal que le pese a Moulines, para la intervención humana en el mundo natural. A fin de cuentas, hablamos de una acción sujeta a criterios morales de elección. Por eso no creo que el ecologismo deba promover la biodiversidad, sin matiz alguno, «o sea, la preservación de cuantas especies animales y vegetales *sea posible*» (cursiva mía); yo añadiría: y que *sea conveniente*. Lo de menos, con todo, es que este desinteresado intérprete tache mi reflexión de «antiecológica», porque más grave resulta que se empeñe en subrayar la correspondencia entre nacionalismo y ecologismo: «el ecologismo no es otra cosa que el nacionalis-

mo de las especies naturales [;!], o si se prefiere al revés, el nacionalismo es el ecologismo de las naciones». No acierto a ver la equivalencia entre una especie natural y una especie nacional, seguramente porque sólo en los miembros de la segunda logro detectar sujetos capaces de ejercer derechos y conciencias libres capaces de decidir sobre proyectos colectivos. Pero no es conmigo con quien mi contradictor debe aquí entendedérselas, sino con Jürgen Habermas, que a este respecto escribe así: «La protección de las tradiciones y de las formas de vida que configuran las identidades debe servir, en último término, al reconocimiento de sus miembros; no tiene de ningún modo el sentido de una protección administrativa de las especies. El punto de vista ecológico de la conservación de las especies no puede trasladarse a las culturas [...]. Una garantía de supervivencia habría de robarles a los miembros precisamente la libertad de decir sí o no, que hoy en día constituye una apropiación necesaria para la apropiación y preservación de una herencia cultural»<sup>15</sup>.

3. Con oportunidad al parecer discutible se me ocurrió escribir *en passant* que la premisa axiológica de Moulines (el VIPS) «funda más bien la tesis capital del multiculturalismo y otros torpes relativismos de nuestros días» (228). Trataré de explicarme mejor con la máxima brevedad. No entiendo el relativismo multicultural como la doctrina de que «todo tiene el mismo valor», según me traduce gentilmente mi colega. Quería significar con ello la tesis de que todo valor es relativo a cada cultura (sin otra objetividad posible) y que toda cultura resulta inconmensurable; la relatividad de los valores o instituciones ético-políticos vendría como un corolario de la incomparabilidad de las culturas mismas. Tal vez no sea justo afirmarlo de todas las doctrinas o políticas multiculturales, desde luego, pero sí de

aquellas que hoy propugnan como ideal el aislamiento encastillado de cada etnia o identidad cultural en el seno de un Estado pluriétnico. Me estoy refiriendo a ese multiculturalismo que —con vistas a proteger las «especies nacionales»— exagera las diferencias reales o inventa otras imaginarias, demanda derechos que son privilegios, abomina de toda mezcla como contraria a su ideal de pureza y practica una tolerancia que es pura indiferencia y nihilismo. De todo eso se desmarca con claridad el *interculturalismo*<sup>16</sup>, que respeta los derechos de los diferentes, sí, pero que invita también al contraste de ideas y al mestizaje cultural.

Para mi grata sorpresa el profesor Moulines, que se confiesa multiculturalista, no se considera por ello en modo alguno relativista: juzga positiva la diversidad de formas culturales, pero desprecia de que todas ellas tengan el mismo valor y sostiene —a modo de ejemplo— que hay obras musicales, partidos políticos y sociedades mejores o peores que otras. Me alegro de coincidir con él al menos en este punto, que no es baladí. Pero quizá convenga conmigo en que ha dado pistas que me indujeron a confundirle: si es un derecho y un deber de toda etnia preservar su identidad, si de esa identidad forma parte cualquier elemento cultural con tal que así sea considerado por bastantes, si toda diferencia cultural merece guardarse salvo la *muy* mala o la que impida lo *muy* bueno, si los Estados multinacionales no protegen esos derechos ni aseguran en absoluto esa salvaguarda, si en definitiva cada etnia y nación sólo obtiene el respeto debido en un Estado propio..., comprenderá que su concepción me haya parecido más cercana a un erizado *multicomunitarismo*<sup>17</sup> siempre presto a levantar fronteras que a un más fluido interculturalismo.

4. Salvo que haya propósito de tergiversación, no encerraba ningún misterio

el principio que, por contraponerlo al anterior, llamé el del *valor intrínseco de la unidad o armonía del ser* (232). Ya he dicho que, como de inmediato quedaba limitado al ámbito político, no había base para suponerlo irrestricto y deducir así no sé qué incoherencias. Por lo demás, en ese enunciado sólo confunde «unidad» (¡y «armonía»!) con «unicidad» quien está predispuesto a descubrir en su autor un solapado proyecto de monolitismo, homogeneización, uniformación forzosa y cosas así. Sobra decir que valoro positivamente la pluralidad, pero no por ella misma, sino en la medida en que —desde algún criterio de valor que habrá que acordar— cada uno de sus componentes parece positivo y contribuye al bien del todo. Defiendo la pluralidad... *con límite*; y ese límite en nuestro caso lo marcará la armonía de derechos de los seres humanos diversos, el pacífico enriquecimiento y la justa convivencia del conjunto político.

Tal era el sentido, seguramente ingenuo, de mi consigna-resumen: «Lo que hay que preservar y hasta fomentar en lo posible es la unidad en la diversidad.» Y eso a su vez comparecía como la condición ideal de la política nacional e internacional, el fundamento respectivo de lo que la tradición ha denominado paz interna y paz externa: a saber, la unidad o armonía de los subconjuntos políticos (en su caso, las naciones) en el seno de cada Estado y la unidad de los Estados en el seno de una Comunidad internacional. El lema de la Unión Europea reza justamente «Unidos en la diversidad». Allá Moulines si se complace en asimilarlo con la definición falangista de patria como «unidad de destino en lo universal» (que refleja una visión nacionalista y totalitaria) o aproximarle al lema franquista de «España: una, grande y libre» (que no sería malo si aquella unidad y grandeza fueran resultado de esta libertad).



### *Conclusión programática*

¿Es bueno un programa político que preserve y desarrolle las múltiples naciones del planeta o, en otras palabras, es bueno el nacionalismo? Sería insensato traer aquí la larga lista de teóricos que se han inclinado más bien por todo lo contrario o, al menos, hacia posturas muy reticentes hacia aquella presunta bondad. Uno confía en haber ofrecido también bastantes argumentos para predicar más bien las tesis opuestas, en especial si nos referimos a los nacionalismos etnicistas<sup>18</sup>. En todo caso, se han mostrado ya flaquezas lo bastante graves y numerosas en las premisas del razonamiento que repasamos como para sostener que su conclusión resulta en verdad inconcluyente. Traeré ahora tan sólo dos razones más, una para el lógico y otra para el nacionalista Moulines.

La primera es un aparente desatino. Proclamó Moulines que «es una obligación fundamental de cualquier Estado multinacional el crear y mantener las condiciones político-jurídicas adecuadas para que cada una de las naciones que lo componen, independientemente de su peso demográfico, de animadversiones históricamente condicionadas, o de cualquier otra consideración, se sienta, por así decir, “a gusto en casa”» (MN, 46, cursivas mías). Y uno estaría tentado a suscribirlo..., si no fuera porque —en sus plasmaciones particulares— ese deber no puede ser ajeno a ciertas consideraciones del todo pertinentes, como son: si existe nación o sólo voluntad nacionalista de contrucción nacional, si se hace justicia o injusticia a la voluntad mayoritaria, si hay equidad o discriminación con el resto de naciones, etc. Otra cosa sería incongruente con las restricciones que el propio Moulines impone a su VIPS: ese deber hacia las presuntas naciones *tendrá que considerar* en cada caso si así evita un daño considerable a esa población o, al contrario, lo inflige; si promueve un bien notablemente superior o lo estorba.

La segunda tiene que ver con el modo como mi oponente proclama su condena casi sin excepción de los Estados multinacionales. Y es que mal puede llamarse «solución ideal» para los derechos de las naciones una fórmula que, a juicio de Moulines, «no funciona en absoluto» (MN, 45). O bien habría entonces que subrayar de nuevo que lo único plausible es que fueran los ciudadanos, y no sus naciones, los que reclamen el mismo respeto a sus iguales derechos. O bien habría que tildar su rechazo de angelismo, porque no parece realista que todas las naciones —con olvido de su peso histórico o demográfico, por ejemplo— sean tratadas «en pie de igualdad» dentro de un Estado. O quizá debiera calificarse de hipócrita la denuncia de ese fracaso del que se hace siempre culpable al Estado o a su etnia hegemónica e inocentes a las naciones, como si el nacionalismo *por naturaleza* pudiera dejar de hurgar en su nación viejos o nuevos agravios que el Estado debe resarcir, de descubrir hechos diferenciales aún por resaltar, de postular derechos siempre insatisfechos. De todo esto y mucho más había yo preguntado con bastante extensión (vg., 226 y 233-235) sin hallar respuesta. Creo que la razón es sencilla: si a Moulines le parecen tan insalvables las deficiencias de hecho en el respeto hacia sus etnias por parte de los Estados multinacionales, es porque en el fondo piensa que se está defraudando un derecho. Este es el contenido en el viejo principio de las nacionalidades, remozado ahora bajo el rótulo de *nacionalismo internacionalista* (MN, 48), esa idea de que «el único tipo de gobierno legítimo es el autogobierno nacional» (Kedourie).

Y aquí me basta suscribir el sopesado juicio de un historiador como Hobsbawm, a quien semejante ideal de coincidencia de las fronteras nacionales y estatales se le antoja, no ya sólo irrealizable, sino del todo indeseable: «La consecuencia lógica del intento de crear un continente pulcramente dividido en Estados territoriales

coherentes, cada uno de ellos habitado por una población homogénea, tanto étnica como lingüísticamente, fue la expulsión en masa o el exterminio de las minorías. Ésta era y es la fatal reducción al absurdo del nacionalismo en su versión territorial, aunque no quedó plenamente demostrado hasta el decenio de 1940 [...]. Ahora es posible ver la nación territorial homogénea como un programa que sólo podían llevar a cabo unos bárbaros o, como mínimo, que usara medios propios de bárbaros». De tal manera que los nacionalismos étnicos —hoy esencialmente «divisivos»—, esas «reacciones de debilidad y miedo» frente a las fuerzas del mundo moderno, «no sólo no aporta(n) ninguna solución a los problemas reales de nuestro tiempo», sino que los vuelve «más difíciles». Por ejemplo, porque los pequeños Estados en busca de homogeneidad respetarán peor la libertad cultural que los grandes Estados plurinacionales o porque «la separación étnico-lingüística no proporciona ninguna base para un ordenamiento estable del globo». Y es que «una nueva “Europa de naciones” y todavía más un “mundo de naciones” ni siquiera crearía un conjunto de Estados independientes y soberanos [...]». La fundación de unos cuantos Estados pequeños más no haría sino incrementar el número de entidades políticas inseguras...». En suma, «el lema de la autodeterminación hacia la secesión e incluyendo a ésta como programa *general* no puede ofrecer ninguna solución para el siglo XXI»<sup>19</sup>. Moulines tiene ahora la palabra.

### *Flecos y flequillos*

A fin de salvar el reproche que (el lector dirá si con con probado fundamento) he dirigido a mi adversario, a saber, el escabullirse de tantas y tantas de mis objeciones, procuraré no dejar ninguna suya sin responder.

a) *Nacionalismo político y nacionalismo étnico*. Yo no digo que el primero es bueno o por lo menos éticamente neutro y que malo sea sólo el segundo, tal como sesgadamente reproduce Moulines. Digo, al contrario, que «a ambos les acechan las temibles tentaciones del nacionalismo», a saber, la autoadjudicación de derechos de soberanía en razón de ciertos rasgos históricos, raciales o culturales; y, así, la tendencia a la agresiva exclusión del otro, al desprecio de la pluralidad ideológica o cultural en su territorio, etc. (232-233). Ahora bien, es verdad que el nacionalismo étnico me parece más irracional, excluyente y peligroso, sobre todo en una sociedad plural, que el político; en el supuesto de esa pluralidad, aquél comienza por amenazar a sus propios ciudadanos por tibios o disidentes. El político ha podido apoyarse en su origen sobre una sola etnia o nación o sobre la unión de varias. Pero por lo común ya no acude a elementos naturales o antediluvianos a la hora de legitimarse, sino a la voluntad de sus ciudadanos; el étnico, por el contrario, funda sus reivindicaciones en el hecho improbable de encarnar una comunidad de pertenencia preexistente. Principio de legitimidad etnicista y principio de legitimidad ciudadano son, pues, tan opuestos como igualdad natural e igualdad civil, derechos colectivos e individuales, comunidad sagrada y comunidad profana respectivamente. Ambos nacionalismos incuban patriotismos, desde luego, pero en los tiempos que corren es más probable que el político —y en manera alguna el étnico— pueda asimilar el espíritu de un nacionalismo cívico y encaminarse hacia un patriotismo constitucional. Ya me excusará Moulines que deje de lado la discusión sobre el republicanismo, que nos llevaría muy lejos (y no menos lejos del etnicismo).

b) ¿Es infinitamente injusto sostener, como yo hacía, que «no hay etnia o

*nación que para afirmarse no se incline a negar a las vecinas» (231)? Hombre, quizá no fuera justo del todo, pero tampoco comete una desaforada injusticia: una nación que se afirma (políticamente) es ya una nación tal como la imagina o desea construir su nacionalismo inspirador. Esta nación nacionalista tiene que distinguirse como sea de las vecinas...; y hasta de ella misma, en la medida en que, de un lado, ha de negar otras concepciones y autoconciencias de la misma nación y, del otro, ha de estar exagerando o inventando sus *señas de identidad* hasta la caricatura. Sea como fuere, uno pretendía sobre todo contrarrestar ese nacionalismo moulineano de diseño según el cual las naciones están libres de toda «actitud agresiva» hacia sus congéneres.*

c) En cambio, nada me cuesta *rectificar uno de mis asertos*, el de que las reivindicaciones nacionalistas más habituales responden a resentimientos provenientes tal vez de una injusticia pasada, pero sin demasiada vigencia en la actualidad (226). Carezco del saber necesario para sostener tal cosa y lo más probable, en efecto, es que el problema nacionalista vasco estuviera limitando mi campo de visión. En mi descargo diré que la pregunta de la segunda parte de mi frase, si no me equivoco, conserva todo su calado normativo: la de «si está justificada una “acción afirmativa” o de “discriminación positiva” que pretendiera reparar un crimen remoto por otro probable crimen presente» (226). Pues hay experiencia suficiente para sospechar que ciertas demandas de compensaciones económicas, territoriales o de «normalizaciones» lingüísticas tienen un fundamento más imaginario que real, y buscan inducir o avivar una cierta conciencia colectiva falsa antes que educarla. No nos hallamos entonces ante una *justicia anamnética* hacia las víctimas inocentes del pasado, en la estela de un Benjamin o

de un Adorno<sup>20</sup>, sino de un fingido *victimismo* que causa víctimas reales y se encamina a obtener réditos políticos injustificables.

d) En fin, señor mío, ¿dónde dejo yo caer «que la tendencia general es (o *debería ser* —no queda claro—) hacia la desaparición de los Estados nacionales y la constitución de Estados multinacionales?». ¿Por qué me atribuye hablar de la «tendencia universal a la superación de los Estados nacionales y cosas parecidas», así, entrecomillada para simular una cita textual, de lo que no hay el menor rastro en mi escrito? Lo único que decía es que el ideal de la correspondencia biunívoca entre nación y Estado —para disgusto de Moulines, supongo— no se cumple y aventuraba a lo más que sería desastroso para el mundo que se cumpliera. Agradezco a mi interlocutor los datos con que me obsequia sobre las nuevas naciones soberanas por secesión de un Estado multinacional previo, y que ignoraba..., pero ignoro todavía más por qué me los echa en cara. Pues yo no reniego del derecho de secesión cuando se presenta como un derecho terapéutico, para servirme de la expresión de Buchanan (235).

Así que quiero creer que esos veintiséis casos que me enumera reúnen en mayor o menor medida los requisitos que permiten calificar aquellas secesiones de frutos del Derecho, y no de la fuerza o del oportunismo; de lo contrario, cabría el riesgo de que se estuviera ante la sustitución del dominio de una minoría étnica por otra<sup>21</sup>. Por lo demás, claro que tengo en cuenta lo que algunos denominan «la fuerza normativa de lo fáctico». Sólo que, precisamente por no aspirar al título de politólogo ni de sociólogo de la política, sino al de filósofo político, prefiero promover antes la más deseable *fuerza fáctica de las normas* y, sin perder de vista los hechos, pensar sobre todo en los derechos.

### III. DEL PAÍS DE LOS CONEJOS AL ESTADO ESPAÑOL (Y SUS TRIBUS)

Es de agradecer que mi interlocutor, desde su lejanía geográfica, desemboque por fin en la España actual. Le han animado a ese *Apéndice* tanto mi irónica regañina por haberlo bordeado, como esa afirmación que en un momento dejaba yo caer de que «la España de hoy [es] un Estado multinacional» (226). ¿Entro así en contradicción con mis tesis anteriores y me echo al final en brazos del nacionalismo y, ay, de Moulines?; ¿tendré que aceptar como inevitables las consecuencias que de tal aseveración se apresura a extraer mi adversario? Creo que no. Creo más bien que éste es un terreno en el que sus tesis, ya inconsistentes en la teoría, reciben su falsación práctica.

#### *España, a la moda multinacional*

Seguramente fue por mi parte una indebida concesión a la moda lingüística tildar a España de «Estado multinacional», aunque sólo fuera porque nuestro Estado de las Autonomías no se ajusta al sentido preciso de ese rótulo. Tampoco pienso hacer litigio acerca de ello. España se ha construido en el tiempo por integración de naciones de origen y, en ese sentido, es una realidad multinacional; sólo que demográfica, lingüística y políticamente lleva siglos claramente unificada. Conozco la vaguedad de nuestra Constitución cuando se refiere a los «pueblos de España» y después a sus «nacionalidades», pero acepto que pueda hablarse de «Nación española» o, como a menudo se la ha llamado, de «una nación de naciones». Sea de ello lo que fuere, tampoco yo soy un adorador de la Constitución (a la que graves discrepancias sólo me dejaron en su día votar en blanco) como de un texto de carácter inalterable; lo que pido, eso sí, son las razones

que hoy hagan justo u oportuno alterarlo. Ni la presente realidad política española ni los argumentos de Moulines me parecen lo bastante persuasivos para ello.

1. Su error de partida es grueso, así lo creo, aunque tiene a su favor la *political correctness* y las bendiciones de la progresía más reaccionaria. Consiste en «apostar» —como si se tratara de una cuestión azarosa— por que España se compone de cuatro naciones, «ni más ni menos», a saber, catalanes, vascos, gallegos... y españoles, y que estos últimos se reparten a su vez entre diversas regiones, como las habitadas por andaluces, murcianos, manchegos, etc. La fe de Moulines en estas fronteras, así como en los signos específicos de «identidad nacional» que cada una de ellas encierra (hasta el punto de que los elementos identitarios españoles podrán las demás naciones *hacerlos suyos*, pero nunca conseguir que *sean* los suyos), me resulta tan conmovedora como fantástica. A nuestro nacionalista académico ni se le ocurre que esa identidad española y los signos que la expresan (lengua, tradición literaria, memoria histórica y otros) puedan ser hoy comunes o, como mínimo, predominantes. Eso de imaginar que lo español no se halla entre catalanes o gallegos, y sí *tan sólo* entre andaluces o asturianos; eso de que existe una nación española *además* de la catalana o la vasca, como si fueran entidades claramente delimitadas o delimitables, etc., todo eso no es sólo producto de esa lejanía con que hace tiempo contempla el catedrático de Múnich las cosas de este país. Creo que es ante todo la simplificación, la premeditada deformación de la realidad que necesita su esquema para tenerse en pie y ser aplicado con alguna esperanza de éxito...

¿Hablamos entonces de los sentimientos de pertenencia y adscripción en algunas comunidades españolas? Uno se queda sorprendido de la extensión de las emociones digamos «nacionales», pero en

la mayoría de las regiones se diría que dan lugar a una voluntad netamente autonomista y tan sólo en unas pocas alumbran propósitos secesionistas de cierta importancia. En *Andalucía*, quienes se consideran sólo españoles suman el 5,5 por 100; más españoles que andaluces, el 6,1 por 100; tan españoles como andaluces, el 68,5 por 100; más andaluces que españoles, el 14,5 por 100; y sólo andaluces, el 4,2 por 100 <sup>22</sup>. Lo que conviene remarcar aquí es que la población que confiesa una *identidad nacional compartida o compleja* (esto es, la resultante de sumar los tres porcentajes centrales) alcanza un 89 por 100. No anda tan lejos lo que sucede en una comunidad de las llamadas «históricas», como es *Galicia*. Aquí los que se sienten sólo españoles son el 4,9 por 100, más españoles que gallegos, el 4,5 por 100, tan españoles como gallegos, el 59,7 por 100, más gallegos que españoles, el 20,5 por 100, sólo gallegos, el 6,5 por 100 (y no contestan el 3,9 por 100). Cabría concluir que la conciencia autonomista es la dominante, que el nacionalismo podría alcanzar a lo sumo un 27 por 100, pero que el nacionalismo independentista se contentaría con el 6,5 por 100 y que, en fin, un 84,7 por 100 reconoce una identidad nacional compleja (por integrar componentes españoles y gallegos).

Las cifras varían en las dos «naciones» dotadas de mayor conciencia nacional, pero no tanto. En Cataluña se siente sólo español el 10,5 por 100; más español que catalán el 11,4 por 100; tanto lo uno como lo otro el 44,4 por 100; más catalán que español el 18,7 por 100, y sólo catalán, el 13,5 por 100. Fácilmente se observará, por ejemplo, que hay un mayor sentimiento español en Cataluña que en Andalucía; y no menos se comprobará que, si los nacionalistas catalanes (en los que incluyo los dos últimos sumandos) cuentan con un 32,2 por 100 de la población, los netamente secesionistas no pasarían probablemente del 13,5 por 100. Lo más significativo es

que, una vez más, los que delatan una identidad compleja llegan al 74,5 por 100. Y vengamos a la Comunidad Autónoma Vasca, cuyo actual nombre, *Euskadi*, ni es natural ni nace «para evitar connotaciones puramente paisajísticas» (?), sino como neta invención de Sabino Arana a fines del siglo XIX y sólo para evitar toda connotación española. Pues bien, aquí se quiere sólo español el 3,6 por 100; más español que vasco, el 6,3 por 100; tan español como vasco, el 36,8 por 100; más vasco que español, el 27,4 por 100, y sólo vasco, el 19,8 por 100 (no contesta el 6,1 por 100). Siendo éste sin duda el resultado más crítico, saquemos algunas lecciones que parecen indiscutibles: *a)* que el segmento más poblado, ya sea el tercero o la suma del segundo y tercero, prefiere el actual estatuto autonómico a cualquier otra opción; *b)* que las filas nacionalistas (los más vascos o sólo vascos) alcanzan el 47,2 por 100, poco más o menos su techo electoral presente; *c)* que de ellos la facción nítidamente secesionista (supongamos que los sólo vascos) abarcaría el 19,8 por 100 de sus gentes; *d)* que, en cambio, los que dicen compartir a un tiempo la identidad nacional de españoles y vascos son el 70,5 por 100 <sup>23</sup>.

2. Con tales resultados a la vista, díganos el profesor Moulines si «los elementos que constituyen» el aire de familia española son en su mayor parte *otros distintos* que los de las demás familias y si existe una nación española *además* y diferente de las restantes. ¿No será más cierto que, sea cual fuere el territorio del que proceda o en el que habite y al margen de otras diferencias menores, la mayoría de los españoles se consideran españoles? Díganos también si, para detectar una nación, le basta con recoger el *uso oficial* de una lengua —como su entusiasmo identitario parece dictarle— o se esfuerza en constatar el *uso real* de esa u otras lenguas entre la población. Pues por ahí se encontraría en España con algo bien

sabido, pero que la prudencia y el buen tono aconseja callar: no sólo que las lenguas minoritarias son en efecto de hecho muy minoritarias (y de ahí el desesperado empeño de las políticas lingüísticas por *crear o ensanchar* su diferencia como nación), sino que el español es con mucho la lengua más conocida y usada entre las mismas «naciones» que no serían españolas. Díganos entonces si esa *diversidad nacional*, ante la que soy el primer convencido de que «no es una terrible desgracia», no resulta de hecho para casi todos compatible sin conflicto (al menos sin conflictos secesionistas) con una más genérica *unidad nacional*. Romper esa unidad no será una estimulante «utopía», ni *salus* alguna para nuestro país, sino su verdadera desgracia; y la culpa mayor de ella recaería sobre esos para quienes aquella diversidad sólo es la ocasión de cultivar una suerte de estatolatría en minúscula.

Díganos asimismo, dado el escaso apoyo previsible a la ecológica (?) denominación de «País de los Conejos», si mantiene esa propuesta de bautizar al conjunto de naciones de España con el apelativo de «Estado español» y así enseñarlo en las escuelas (¡pero no en las familias!) e inscribirlo en todas las instituciones. ¿No ha quedado claro que todas ellas se consideran también y mayoritariamente españolas, *no sólo en su sentido político, sino también en el cultural?*: ¿es decir, que «España» es el nombre de un Estado y además el de una Nación, la que resulta de reunir a todas las «naciones» españolas? La equivalencia «España = Estado español» no es un error categorial, sino una intuición popular arraigada y bien fundada. Aquellas otras expresiones («Estado español» o «Estado» a secas), cuyo uso por desgracia no se limita a catalanes y vascos, cuentan con pocos años de existencia y hace ya tiempo que sobran. Ciertamente delatan mucho más que un problema terminológico. Junto a la pedantería reinante y su contagio mimético, además

del complejo de culpa y deuda hacia los nacionalismos que arrastra cierta sedicente izquierda desde tiempos franquistas, esta contraseña entre pretendidos progresistas delata una notable inmadurez ciudadana y una penosa incoherencia con sus propias premisas<sup>24</sup>.

Hay, pues, una nación hegemónica (España), pero porque está efectivamente presente en todas sus partes, es decir, porque todas éstas en general así lo consienten y hasta se complacen en ser partícipes de ella. A fuer de realistas, cada una de estas naciones/nacionalidades se habría autodeterminado como española desde 1978 en las elecciones generales y como específicamente «nacional» en los comicios autonómicos. No es cuestión (como repite el liberal) de que la mayoría de esa nación hegemónica, por vías electorales o plebiscitarias, le gane abusivamente la partida a las minorías nacionales. *Es que, en el seno de cada minoría nacional, también la opción secesionista resulta minoritaria*. Más aún: incluso las dotadas de mayor grado de conciencia nacional son, a su vez, en gran medida y en un sentido amplio pero significativo entidades multinacionales<sup>25</sup>. No están por eso Cataluña o Euskadi ante la tremenda alternativa de resignarse o «construirse *otro* Estado que represente mejor su identidad nacional», justamente porque, aun en el caso de aceptar la correspondencia nación-Estado propio, ninguna de esas identidades colectivas se presenta ante sus moradores tan pura o monocroma como para requerir un Estado exclusivo. Aquel Stuart Mill ya lo había previsto: «Hay porciones de la misma Europa donde las diferentes nacionalidades se hallan de tal manera mezcladas que no les es posible vivir bajo Gobiernos separados»<sup>26</sup>. Es un *argumentum ad quantitatem* y, antes aún, *ad qualitatem*, del que se desprende que la real «multinacionalidad» española se parece francamente poco a la diseñada por el profesor Moulines.

*Una receta para agravar al paciente*

1. Pero en (unos pocos lugares de) España se desatan por estas cosas «broncas y tensiones» y nuestro hombre se dispone a averiguar la culpa de ello y detectar a los culpables. En su opinión, la culpa no estriba en el desprecio de esa realidad consagrada por la conciencia y voluntad de la mayoría ciudadana, sino en el desprecio de aquella «utopía», de ese no-lugar que unos pocos han soñado y este portavoz académico pregon. No radica en la ferviente creencia política de algunos, sino en irreligiosidad democrática de los más. Por ceñirnos de nuevo a mi tierra, la culpa principal de lo que allí sucede no sería el integristismo sabiniano, ni el irredentismo nacionalista vasco, ni el terror etarra, ni el contubernio de Estella, ni las reiteradas cesiones de gobiernos y partidos españoles ante las inicuas pretensiones del separatismo. La culpa principal es la «aplastante» hegemonía de la nación española y culpables principales hoy son los nacionalistas españoles. Sólo que para ser exacto tendría que haber añadido: *esa sobrada mitad de presuntos nacionalistas españoles que son y se consideran vascos al tiempo que demócratas.*

A los oídos de un nacionalista de estricta observancia, empero, esta llamada a la democracia sonará demasiado hueca y engañosa; para ése nadie nos salvará de ser por naturaleza nacionalistas, de manera que aquí nos hallamos ante un encontronazo entre un nacionalismo y otro nacionalismo de signo contrario. Y no hay, según parece, más que dos salidas: la resignación con vistas a salvaguardar la paz individual, pero a costa de la paz nacional, y la secesión del Estado ajeno y construcción de un Estado propio, que traerían consigo esa ansiada paz para todos. ¿Estamos ante una alternativa bien planteada o ante una enorme e interesada simpleza? A la vista está que ante lo segundo. Semejantes opciones se le ocurren a quien da en consi-

derar que la mayoría de ciudadanos de la Comunidad Autónoma Vasca comulga con el nacionalismo vasco y tiene por su mayor enemigo al Estado español, a los españoles (hasta a los «obispos *españoles*») y su hegemonía política central. Sólo así podría disculparse el tremendo desvarío de que su secesión se postule como requisito de la paz nacional. Ahora bien, si la machacona realidad sociológica muestra a las claras que el adversario de la aventura soberanista son dos terceras partes de los mismos vascos, si se aceptara además que casi una mitad de los ciudadanos de aquella Comunidad se opone (y en número progresivamente creciente) a la hegemonía nacionalista local..., entonces las propuestas serían muy otras.

Se echaría de ver entonces que aquellas no han de presentarse como opciones excluyentes. Al menos en tanto que ciudadanos, ya me contarán si es posible una paz individual de espaldas a la paz colectiva y, a su vez, una verdadera paz colectiva nacional edificada sobre una mitad de sujetos políticos acallados, cuando no perseguidos e indignados. No hay paz nacional sin justicia nacional. Pero se descubriría, sobre todo, el engaño apenas encubierto bajo tales opciones. Como Moulines *sólo* se pone en la piel de una de las partes, la nacionalista, la alternativa que sugiere —o resignación o rebelión secesionista— tan sólo refleja la del nacionalista: ¿quién, si no, está forzado a conformarse con lo que le «tolere» (*sic*) la mayoría hegemónica española para preservar su paz individual? A mi replicante, qué cosas, se le pasa por alto la incompensablemente más trágica alternativa del no nacionalista: o someterse a la construcción nacional y a la secesión política promovidas por la escasísima mayoría hegemónica nacionalista... o jugarse su exclusión social o laboral y, en ocasiones, su vida a secas<sup>27</sup>. Esta otra clase de resignación busca asegurar la supervivencia aún antes que la paz interior y, por cierto, no es la que

renuncia a unos improbables derechos colectivos, sino la obligada a privarse de los derechos individuales mismos.

Por lo demás, que Moulines caiga a estas alturas en el blando relativismo del momento y defienda que «ambas opciones [tan sólo las del nacionalista, no se olvide] son respetables» significa otra nueva confusión político-moral en su haber. Una confusión política: si la independencia de un territorio respecto de un Estado opresor fuera un derecho de sus ciudadanos, y a menos que nuestro profesor se desdiga de todo lo dicho, resignarse o ceder en ese derecho tendría que ser poco respetable —si bien comprensible por los riesgos personales que acarrea— frente al empeñarse en conquistarlo. Otra confusión moral: en la medida en que ese proceso de soberanía entrañe cierto grado de heroísmo individual, semejante acción superogatoria no sería exigible de nadie, pero mantendría su condición de recomendable. Por lo que a mí respecta, me parece advertir otras opciones bastante más dignas que las expuestas por mi adversario. La hipotética resignación del nacionalista sería más respetable si proviniera de reconocer la falta de fundamento del derecho que invoca y consintiera en ceder en sus pretensiones en aras de la paz civil. ¿Y acaso no será *mucho más* respetable la opción de ese otro ciudadano, que sabe argumentar su rechazo político-moral del proyecto secesionista, procura alejar el riesgo de fractura de su comunidad y cuya resignación, en todo caso, expresa el precio a pagar por librarse de amenazas fehacientes?

2. Moulines no entra en tan molestas disquisiciones. Él tiene a mano el inciso 2.º del artículo 1.º de la Carta de las Naciones Unidas (sabe indicar sin la menor vacilación qué son los *pueblos*, sean colonias o no lo sean, e interpretar el evidente sentido de su *derecho a disponer de sí mismos*) y no tiene por qué ocuparse ni de la realidad española, ni de lo que establezcan las normas internacionales

sobre el principio de integridad territorial de los Estados ni el proyecto de la Constitución de la Unión Europea. Mucho menos todavía de cuestiones últimas de legitimidad. Para resolver el dilema (?), a él le basta con «preguntarles a los interesados» (?), a «las minorías nacionales del Estado español» (¡a todas!), miren si es sencillo. Lo que parecía una cuestión de derecho acaba convertido en un simple «método» de arreglo de conflictos. ¿Se apunta siquiera alguna razón de conquista, trato discriminatorio o flagrante y prolongada injusticia perpetrados por parte de ese Estado en esos territorios que justifican esas consultas de autodeterminación? Ni falta que hace. ¿Se sugieren siquiera las condiciones en que habrían de llevarse a cabo? De eso apenas hay rastro<sup>28</sup>. Nada se dice de los *sujetos* que habría de prestarse a tal método, como si fuera algo evidente de suyo. Tampoco se hace la menor alusión, cosas de poca monta, a la clase de *pregunta* propuesta ni a la *periodicidad* de la eventual celebración del referéndum. Se diría que nuestro nacionalista no se ha detenido demasiado en la lectura de la sentencia de agosto de 1998 del Tribunal Supremo de Canadá.

La única condición que nuestro filósofo contempla es la clase de *mayoría* decisoria requerida, a saber, la *mayoría simple* (en notación moulineana: «el 50 por 100 +  $x$ , para  $x > 0$ », que queda como más científico). Lo que hasta los más radicales partidarios de esa consulta en Euzkadi han llegado a conceder, que era precisa una mayoría más cualificada para reforzar su legitimidad, eso a Moulines le trae al paio. Que, *pese a la gravedad de esta clase de decisión política* («la opción de una nación por constituir su propio Estado»), la mitad menos uno de los ciudadanos haya de someterse a la mitad más uno le parece algo equitativo y saludable para esa comunidad. Y ello, por si no hemos captado su tono retador, aunque tal opción fuere «inmoral, demente o alcoholizada»... Él se



atiene al «principio más básico de la aritmética democrática», tal vez porque antes ha degradado el principio democrático a pura aritmética. Pero como la democracia está muy por encima de la ley del número y la regla de la mayoría presenta serios límites en su ejercicio<sup>29</sup>, a nuestro autor se le escapan unas cuantas cuestiones decisivas. No las alude ni de lejos.

La primera de todas sería la distinción capital entre el derecho de la mayoría a gobernar dentro de un Estado y el mucho más discutible derecho de tal mayoría a modificar los confines territoriales de ese mismo Estado<sup>30</sup>. Queda asimismo sin aclarar si aquella mayoría simple ha de valer sólo para el conjunto del territorio o también para cada una de sus principales divisiones administrativas o históricas; o si cada una de esas porciones (¿y cuál sería el límite de esa unidad territorial?), en caso de obtener en ella un resultado contrario al del conjunto, ostenta a su vez derecho a su propia autodeterminación respecto de la nueva entidad política; o si el Estado del que se emancipan no habrá de establecer ciertas condiciones previas a fin de garantizar el respeto de los derechos de los ciudadanos que ahora formen la minoría del nuevo ente soberano, etc. Pero lo más grave, a mi entender, es que mi interlocutor no toma en cuenta los probables costes humanos de la empresa a la que tan alegremente nos invita. ¿Le importaría escuchar a A. Buchanan?: «Una adecuada preocupación respecto de la partición incontrolada de los Estados no arraiga en ninguna creencia de que los Estados como tales sean sacrosantos o siquiera valiosos, sino en la consideración de las pérdidas humanas que pueden producirse cuando los Estados se fragmentan»<sup>31</sup>.

Y si —pese a todo— nuestro separatista académico reincidiera en su propuesta, permítame replicarle que esa consulta popular que preconiza para España o bien encendería el problema donde ni lo hubo ni lo hay o, lejos de paliarlo o resolverlo, lo

agravaría donde lo hubiera. He aquí algunas de mis razones. 1) En la mayor parte de las nacionalidades españolas crearía el problema en la medida en que, contra toda evidencia, lo da por supuesto y lo predica. 2) En las dos o tres nacionalidades más críticas, allí donde el problema existe en algún grado, por fuerza tiene que agravarlo al menos de dos modos diferentes: a) Aquella medida como vía de solución ya predetermina la presencia de un «pueblo» o «nación» bien delimitados, dotados de una identidad diferencial, sujetos colectivos de «derechos históricos», etc., que no requieren más justificación secesionista que su mera voluntad mayoritaria. Más aún que en el caso anterior y en virtud de un reconocimiento tan chato y arbitrario de ese derecho, la consulta de autodeterminación es performativa: comienza a hacer lo que dice. b) Empeora asimismo la situación porque, en el supuesto menos malo, tiene que fracturar la comunidad, enfrentar a sus partes entre sí y tensar al máximo la vida ciudadana, tal como permiten predecir los resultados electorales y sondeos de que se disponen. 3) En el singular caso vasco (el único que podría tener lugar a corto plazo, según amenaza el plan Ibarretxe) persiste la misma violencia —la criminal y, desde luego, la institucional— que ha contribuido como ningún otro factor a instalar y perpetuar en el poder a los nacionalistas, a marginar y a amedrentar al resto de la ciudadanía. Esa violencia, junto a probar *a posteriori* su «legitimidad» y su eficacia, sería un dato más del ventajismo de quienes no harían ascos a celebrar aquel referéndum en medio de semejante falta de libertad. 4) Sea cual fuere el resultado de tal consulta en cualquiera (?) de las «naciones» de España, desataría imparable efectos reivindicativos en cadena tanto en otras regiones españolas como en otras europeas. Pero no menos engendraría en los Estados incentivos perversos a adoptar políticas que, con vistas a atajar futuras e hipotéticas secesiones de partes de su terri-

torio, limitasen derechos de migración y otros afines.

A la hora de este punto final, no se me ocurre imaginar haber pronunciado aquí la última palabra. Pues al profesor Moulines

todavía le quedan al menos dos opciones: o tratar de convencerme de lo infundado de mis razones o dejarme para siempre convencido de la pavorosa frivolidad de las suyas.

## NOTAS

<sup>1</sup> Al citar alguno de los tres documentos cruzados hasta ahora entre nosotros, seguiré la siguiente regla: las referencias al primer escrito de Moulines figuran como *MN* y la página de su publicación en el núm. 24 de *Isegoría*; si remito a mi réplica, se indicará entre paréntesis el número de página de *Isegoría*, núm. 26; la contrarréplica de Moulines, al venir en páginas de este mismo número, no llevan otra indicación que las comillas o las cursivas.

<sup>2</sup> Es un caso notable de viga en el ojo propio. No hay que olvidar que las quejas de supuesto maltrato provienen de quien, en las mismas páginas, califica mis reflexiones de «vituperios que pululan en el texto», «uno más de sus exabruptos», «amalgamas precipitadas», «falsas inferencias» y otras lindezas. Para decirlo en una frase, de quien adelanta en su segundo folio que «el texto de Arteta está inspirado, de cabo a rabo, por el odio y la crispación».

<sup>3</sup> Me pareció en efecto sospechoso que quien citaba a Mill en apoyo de un concepto de nación caracterizada por el deseo de disponer de Estado propio, desde el cual enunciará luego el pensador inglés la conveniencia de que los límites estatales vengan a coincidir con los nacionales..., ese mismo se olvidara de las dos enormes reservas con las que el propio Mill limitó en seguida la aplicación de tal principio. De un lado, la de que la nación de marras no se encuentre demasiado mezclada con otras y, del otro, la consideración moral y social de las ventajas que puede acarrear para una nación atrasada fundirse en otra más desarrollada. No se trata, pues, de que Moulines pase por alto «otros pasajes de Mill» cualesquiera —como alega—, sino de unos pasajes próximos integrados en el mismo capítulo XVI de *Del gobierno representativo*, que sólo abarca seis páginas de extensión. Tampoco parece ser «algo que no venía al caso en este contexto», pues nuestro filósofo de la ciencia describía esa nación de Mill como deseosa de Estado propio «en tanto instrumento jurídico-político para defender su identidad nacional y desarrollarla», lo que viene a expresar el programa nuclear del nacionalismo.

Que uno sepa, esta relación instrumental entre nación y Estado no se halla en Mill, pero a Moulines le sirve para esbozar a renglón seguido varias conclusiones cercanas a juicios de valor: que si tantas

naciones fracasan en ese objetivo se debe por lo general a *coacciones* externas y que *no hay que extrañarse* (las cursivas son mías), por tanto, si la nación así frustrada «reacciona con violencia». De suerte que no se diría que la cuestión sea «de importancia muy secundaria» para lo que aquí se disputa. Supongamos por un momento que defender y desarrollar la identidad nacional sea primero una tendencia y luego, en virtud del principio moulineano del valor intrínseco de la pluralidad, una presunta obligación universal de toda nación. Bueno, pues esa tesis no puede ampararse en el autor que tanto recortara su aplicación práctica y que —precisamente por negar aquel criterio axiológico— concluye dos páginas después proclamando el principio opuesto: «Todo lo que tienda a mezclar las nacionalidades, a fundir sus cualidades y sus caracteres particulares en una unidad común, es un beneficio para la raza humana.» Sirviéndonos de sus propios términos, ¿se atreverá Moulines a insistir que esta última tesis T' de Mill, desde luego incompatible con la suya, es «independiente de T», es decir, de la tesis de la deseable coincidencia entre las fronteras de la nación y del Estado? ¿Mereceré por ello su condena a ingresar entre la «gente de escaso nivel cultural» incapaz del menor razonamiento?

<sup>4</sup> Cfr. F. Savater, «Etnomanía vs. ciudadanía», *Isegoría*, 24 (junio 2001), pp. 131 ss.

<sup>5</sup> Me permito poner alguna sordina al motivo que ahora aduce de ese silencio. De creerle, «nada estaba más lejos de su intención» que publicar un artículo sobre la situación política interna del Estado español, ni su interés fue «defender la causa del nacionalismo en este o aquel país», sino sólo analizar el concepto de nación, etc. Pero yo me limité a extrañarme de que, pese a aludir a tantos otros, ni  *mencionaba* siquiera los nacionalismos en España. Por lo demás, la exculpación que presenta no ha sido obstáculo para que publicara su *Manifiesto* en catalán y castellano (Ed. La Campana, 2002), lo presentara en Barcelona y concediera con tal ocasión al menos una entrevista a la prensa en la que sostuvo que «la solución del problema vasco» radica en aceptar el derecho de autodeterminación y que resulta «lamentable que el gobierno del Estado español considere que la mitad de la población de Euskadi sea loca y terrorista» (*Avui*, 2-3-2002,

p. 43). Puro interés científico, ya ven. Otra cosa es Cataluña, en la que la revista *Ideas* (núm. 13, marzo 2002, pp. 31-55), casualmente sufragada por el Department de la Presidencia de la Generalitat, compendia su *Manifesto* y recoge un debate en el que Moulines aporta la réplica final. Está en el ejercicio de su derecho de libre expresión, no faltaba más, pero no debería ocultar después que lo ejerce.

<sup>6</sup> Digo que estamos ante un desorden psíquico «en esos casos» (221), a saber, cuando el nacionalismo está inflamado por *ese* patriotismo —pues hay otros— que Moulines había definido como un «sentimiento de filiación hacia un objeto que el individuo siente que lo trasciende, algo que percibe a la vez como un objeto externo a sí mismo y componente fundamental de su propia identidad». Claro que sería más preciso denominarlo *desorden moral*. Así se entenderá mejor que, cuando digo que hay que *curarlo*, pretendo decir que hay que educar a los nacionalistas en otra clase de patriotismo: pues éste es un sentimiento que, siendo razonable, resulta también «educable» (221). Y que en modo alguno tengo por un deber moral «reprimir a los nacionalistas», así, por la brava, según me atribuye mi bienintencionado colega, sino nada más que el procurar «reprimir o superar» aquel desorden (221), o sea, el nacionalismo étnico. No es lo mismo, claro, pero lo probable es que el lector se ahorre la molestia de verificar las citas y que al autor le interese dibujarme como a un energúmeno. En consecuencia, que haya un deber moral, que es a la vez un deber político y cívico, de reprimir, curar o superar los nacionalismos..., no significa que a quien falta a ese deber «habrá que sancionarlo, aunque Arteta no dice cómo»: eso es algo que ni se me ocurre ni siquiera insinúo mediante alguna oscura alusión; es algo de la entera cosecha de este honrado nacionalista.

<sup>7</sup> Esa medida, que no se me ha ocurrido a mí, sino a Moulines, se le ha ocurrido también hace poco al nacionalismo vasco contra sus infiles: la asociación de municipios nacionalistas llamada *Udalbiltza* promueve la iniciativa, puesta en práctica en bastantes ayuntamientos, de expedir un documento de identidad vasca con vistas a configurar un censo nacional vasco del que echar mano en algún eventual referéndum de autodeterminación. Lo que son las cosas...

<sup>8</sup> A saber: que bajo aquella fórmula el patriotismo sería una especie de fanatismo colectivo que contradice el sentimiento democrático; que esa emoción es peligrosa por buscar un enemigo real o imaginario en que descargarse; y que su peligrosidad aumenta en proporción a las resistencias que encuentra entre los no nacionalistas de su pretendida nación. En resumidas cuentas —y según añado—, esa clase de nacionalismo resulta un desorden psíquico o moral colectivo porque pone la lealtad al grupo nacional por encima de cualquiera otra. Al volver a los nacionalistas «locos de amor» (MN, 34), les hace capaces de sacrificar la propia vida... y las ajenas.

<sup>9</sup> Y si les cuesta creerlo, vayamos por partes.

a) Tras enunciar el llamado por él «Valor Intrínseco de la Pluralidad del Ser», mi oponente escribe: «Arteta no *quiere* aceptar este principio» (cursiva mía). Pero no es que caprichosamente no quiera, sino que no puedo aceptarlo en virtud de una serie de razones que expongo en las páginas 227-228 y que Moulines ni siquiera menciona. b) En lugar de eso, da un salto de páginas y pasa sin dilación a enunciar mi principio opuesto del «valor intrínseco de la unidad o armonía del ser», que no explica. c) Peor aún, lo altera sustancialmente cuando dice de él que mi formulación es «ontológicamente irrestricta». La verdad es que, precisamente para restringir tal principio, yo había escrito que «procuremos enraizarlo como el apoyo más firme de la política nacional e internacional. Lo que hay que preservar y hasta fomentar en lo posible es la unidad en la diversidad» (232). No es una interpretación *light* del principio, sino su sentido mismo. Pero él debía pasarlo por alto a fin de extraer mejor cuantas consecuencias pudieran dejarme en la posición más desairada: mi preferencia por la homogeneidad cultural o el monolitismo ideológico. d) No contento con tanto tejemaneje, este metodólogo descubre de repente que, por lo dicho «unas páginas antes» (casualmente la primera de todas, la 227), «es posible que Arteta no prevea una aplicación tan universal de su principio». Sólo que ni se trata de una previsión ni queda en el reino de la conjetura, porque un servidor había dejado aquí escrito: «Ignoro si es verdad necesaria que el universo sea *ontológicamente* tanto más rico cuanto más diverso, que es cosa que dejo a los teóricos del mejor de los universos posibles. Sea de ello lo que fuere, *me temo que de ahí no saldría ninguna estimación teórica ni directiva práctica para el mundo humano o de los valores*» (cursivas mías). Ninguna estimación teórica ni directiva práctica *sensatas o decentes*, se entiende, porque a renglón seguido indico una colección de otras a mi entender insensatas y perniciosas. e) Y es así como, a base de adjudicar falsamente universalidad ontológica a un principio que yo limitaba al mundo ético-político, de invertir el orden de todo el razonamiento y de poner juntas tesis separadas, Moulines puede denunciar otra de mis «incongruencias», *q. e. d.*

<sup>10</sup> Uno diría que esa caracterización flangista de la nación española no se separa ni un milímetro de la caracterización nacionalista de la patria vasca.

<sup>11</sup> Para librarse de una observación mía (de pasada y como asunto menor) de que en un punto dado incurrir en la falacia naturalista, Moulines dedica un largo párrafo a volver a explicarme el vínculo entre esas premisas y su inferencia. Ya había entendido ese vínculo, pero en aquel punto consideré una falacia saltar del amor a la patria al derecho de la patria a erigirse en Estado.

<sup>12</sup> Y así podría justificar de paso, por cierto, mis referencias a Weber y Gellner (237, n. 6).

<sup>13</sup> Si no entro al problema de las lenguas minoritarias, no es por falta de ganas, sino de espacio. Cuando y donde el profesor Moulines tenga a bien citarme para discutir de ello sin trampa ni cartón, allí trataré de estar. En cuanto acordemos que los derechos lingüísticos no son de los pueblos, ni de las lenguas mismas, ni de los que desean aprenderlas, sino ante todo de sus hablantes..., seguro que comenzamos a entendernos.

<sup>14</sup> R. Rorty, *Truth and Moral Progress. Philosophical Papers*, Cambridge, Cambridge U. Press, 1998, p. 11 (hay trad. esp., 2000). En M. Ignatieff, *Los derechos humanos como política e idolatría*, Barcelona, Paidós, 2003, p. 30.

<sup>15</sup> J. Habermas, «La lucha por el reconocimiento en el Estado democrático de Derecho», en *La inclusión del otro* (Barcelona, Paidós, 1999, p. 210).

<sup>16</sup> G. Sartori, *La sociedad multiétnica*, Madrid, Taurus, 2001, p. 128.

<sup>17</sup> A. Touraine, «Faux et vrais problèmes», en *Une société fragmentée? Le Multiculturalisme en Débat*, París, La Découverte, 1997 (tomado de Z. Bauman, *En busca de la política*, Buenos Aires, Fondo Cultura Económica, 2001, pp. 206 ss).

<sup>18</sup> Por referirme sólo a una lectura penúltima, R. Goodin explica las hostilidades entre ciertas comunidades nacionales en virtud de aquellas convenciones arbitrarias que se decide «considerar como ciertas», y cuando estas «verdades» (verbigracia, religiosas o históricas) desempeñan un significado crucial para aquellas comunidades («Convenciones y conversiones o ¿por qué es a veces tan espantoso el nacionalismo?»), en R. McKim y J. McMahan, *La moral del nacionalismo*, vol. I, Gedisa, Barcelona, 2003, pp. 131-153).

<sup>19</sup> E. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 143-144, 180-181 y 194-197, respectivamente.

<sup>20</sup> Cfr., entre muchos, algunos de los trabajos reunidos en J. M. Mardones-R. Mate (eds.), *La ética ante las víctimas*, Barcelona, Anthropos, 2003.

<sup>21</sup> Lo cierto es que mi colega nada nos dice de si, en esos recientes Estados nacidos de las desaparecidas Unión Soviética y Yugoslavia, debería continuar la escisión de los Estados pluriculturales como Bosnia, si los abjatos habrían de separarse de Azarbaijón o si Moldavia, lingüística y culturalmente parte de la Moldavia en su mayoría rumana, tendría que integrarse en esta última a base de expulsar a «sus» rusos, etc. Pero también pasa por alto ilustrarnos sobre el pequeño detalle de si los ciudadanos de esos nuevos Estados son más o menos libres, viven ahora mejor o peor que antes.

<sup>22</sup> Tomo estos datos de O. P. A., *Observatorio de política autonómica 2002*, I. Se trata de un organismo que agrupa los departamentos de Ciencias Políticas de las Universidades de Santiago, Autónoma de Barcelona, Granada y País Vasco.

<sup>23</sup> En el año 2001, y según una encuesta del CIS,

los partidarios de la independencia eran el 33 por cien, los contrarios, el 38 por 100, y los que no saben/no contestan, el 29 por 100. Cfr. J. L. Barbería y P. Unzueta, *Cómo hemos llegado a esto. La crisis vasca*, Madrid, Taurus, 2003, p. 221.

<sup>24</sup> Y es que «... precisamente lo que se tiene por característico de la izquierda o el “progresismo” hoy es liderar los movimientos más particularistas, todo aquello que convierte las determinaciones objetivas (sean sexuales, étnicas, religiosas o genéticas) en identidad subjetivada y politizada. [...] Lo “progre” es defender a toda costa lo particular: la única legitimidad que se concede al Estado o las instituciones globales es precisamente asegurar esa defensa. De modo que contra la globalización del capital especulativo cuyo único objetivo es maximizar beneficios no hay ninguna respuesta política. Toda la política de izquierdas es ahora de resistencia separatista contra lo universal...». He ahí «el “separatismo antiuniversal” de la izquierda: no saben nada, ni entienden nada y colaboran activa y entusiastamente con el sistema que dicen atacar». F. Savater, en F. Savater y J. L. Pardo, *Palabras cruzadas*, Valencia, Pre-Textos, 2003, pp. 79-80.

<sup>25</sup> Tal es su grado de mestizaje. Acúdase de nuevo al País Vasco para verificar su saldo migratorio, el geográfico de su población, la proporción de apellidos vascos, etc. Cfr. «Euskadi en cifras», en J. L. Barbería y P. Unzueta, *op. cit.*

<sup>26</sup> J. Stuart Mill, *o.c.*, p. 330.

<sup>27</sup> Puede consultarse lo referente al nacionalismo vasco en el informe sobre España (terminado en diciembre de 2002) de la Comisión Europea contra el Racismo y la Intolerancia (ECRI), organismo del Consejo de Europa.

<sup>28</sup> Trato de seguir el orden propuesto por Allen Buchanan en su último trabajo publicado en castellano a propósito del derecho de autodeterminación: los principios de su justificación, que invocarán argumentos morales, y los justos términos en que ha de llevarse a cabo («Autodeterminación, secesión y primacía del derecho», en R. McKim y J. McMahan, *La moral del nacionalismo*, op. cit., vol. II, pp. 157-188).

<sup>29</sup> Aquí tendrían cabida, entre otras clásicas, varias observaciones de H. Kelsen, R. Dahl y N. Bobbio.

<sup>30</sup> Moulines seguramente no ha reparado en que el derecho de la mayoría ha de entenderse «como un derecho a ser gobernado democráticamente en el interior de las fronteras de uno u otro Estado, no como un derecho a determinar mediante la regla de la mayoría los límites del Estado». Este último derecho «no sólo es más fuerte que el primero, sino también más discutible desde el punto de vista moral. Reconocer el derecho a la secesión de una mayoría en un territorio, si eso es lo que dicen los votos, es nada menos que conceder a la mayoría el poder de determinar unilateralmente la nacionalidad de otros (la de la minoría que no vota en favor de la sece-

sión), lo que les priva de su ciudadanía en el país en el que siempre han vivido y les transforma en ciudadanos de otro Estado (o en residentes extranjeros en él), a pesar de que ni ellos ni su Estado sean culpa-

bles de ningún género de injusticia, ya sea hacia los secesionistas, ya hacia cualquier otra persona» (A. Buchanan, *op. cit.*, vol. II, p. 177).

<sup>31</sup> A. Buchanan, *op. cit.*, p. 160.